

BOLSILIBROS
BRUGUERA

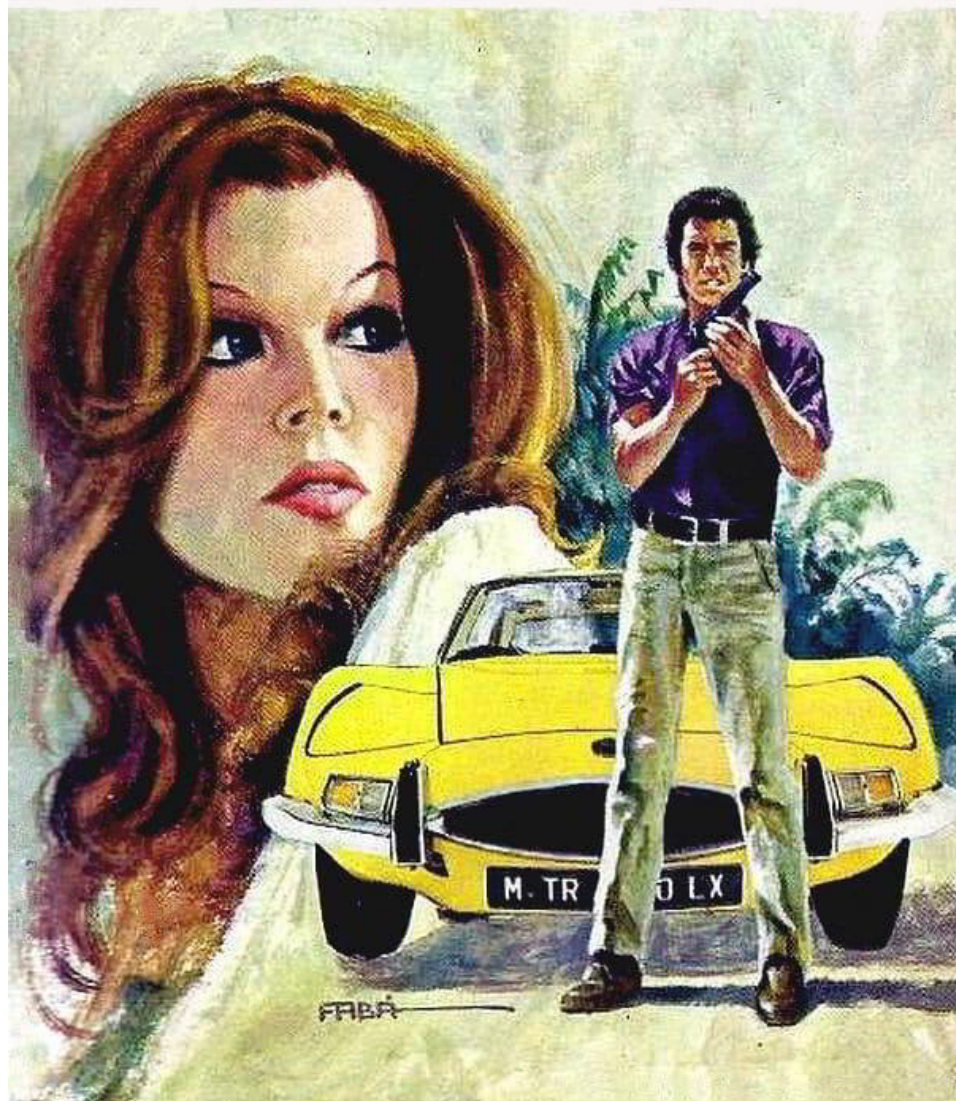
POLICIACA

SERIE

SERVICIO SECRETO

chantaje contra una viuda

KEITH LUGER



—Hemos de matarlo, Hubert.

El hombre que así hablaba estaba sentado en el sillón de un confortable gabinete,' el vaso de *whisky* con cubitos de hielo en la diestra, el humeante cigarrillo en la izquierda. Frisaba en los cuarenta y cinco años y era carirredondo, de ojos que parecían soñar, párpados ligeramente caldos, cabello negro, de sienes plateadas.

Vestía un elegante traje, camisa blanca y corbata gris. —Eso siempre resultaría peligroso— contestó el hombre que se sentaba enfrente, delgado, muy moreno, ojos negros, brillantes.

Publicada en la colección Punto rojo de Bruguera con el número 41, en el año 1963.



Keith Luger

Chantaje contra una viuda

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1254

ePub r1.0

Lds 08.05.18

Título original: *Chantaje contra una viuda*

Keith Luger, 1963

Cubierta: Fabá

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

—Hemos de matarlo, Hubert.

El hombre que así hablaba estaba sentado en el sillón de un confortable gabinete, el vaso de *whisky* con cubitos de hielo en la diestra, el humeante cigarrillo en la izquierda. Frisaba en los cuarenta y cinco años y era carirredondo, de ojos que parecían soñar, párpados ligeramente caldos, cabello negro, de sienes plateadas.

Vestía un elegante traje, camisa blanca y corbata gris. —Eso siempre resultaría peligroso— contestó el hombre que se sentaba enfrente, delgado, muy moreno, ojos negros, brillantes.

—No sabes lo sencillo que es matar, Hubert.

—Dicen que el criminal siempre lo paga, Paul. —Sólo los asesinos tontos se dejan atrapar por la policía.

—Me gustaría creerlo, pero me temo que en este caso no hay nada que hacer. Mel Blaine ha adoptado todas las precauciones. Vive en un caserón donde hay más de seis criados. Nunca sale de casa. No querrás matar a nuestro presidente del Consejo de Administración en nuestra propia oficina. Todos los días aparece a las nueve y se marcha a las once, justamente a las horas en que aquí nos reunimos medio centenar de personas entre personal y clientes... Tampoco se puede hacer en el camino hasta su coche. A esas horas los tres ascensores funcionan a tope. Recuerda que este edificio alberga cuarenta y tantas firmas comerciales.

—¿Y qué hace Mel Blaine cuando sale de aquí? —Regresa otra vez a su cueva y el coche lo conduce su chofer y con Mel viajan también dos secretarios. Con eso acabó todo. Mel permanece en su casa hasta el día siguiente, en que otra vez a las nueve se deja caer por aquí.

Paul Norton, el hombre de las sienes plateadas, bebió un trago de su *whisky* e hizo chascar la lengua.

—Hay una oportunidad para matarlo.

—Oh, sí... Sobornamos a la cocinera. Quizá con cinco mil dólares baste para que se decida a servirle una buena ración de arsénico a su patrón.

—No seas tonto, Hubert.

—¿Qué es entonces?

—Tú crees conocer la vida de Blaine, pero ignoras mucho, al menos el cincuenta por cien.

—¿Cuál es la mitad de la que no tengo noticia? Paul Norton no contestó al pronto. Bebió el contenido de su vaso observando cómo los cubitos se derretían en el *whisky*.

—Los lunes y viernes Blaine sale a las siete de su casa... —hizo una pausa para mirar a los ojos de Hubert.

Hubert no dijo nada.

—Tripula un «Ford» vulgar, modelo de hace dos años, color oscuro, patente de California.

—¿Sólo?

—Sí, completamente solo. Abandona su residencia de Long Beach y sigue el Long Beach Freeway. Pero luego dobla hacia Wilmington y continúa por Figueroa. Antes de llegar al Hollywood Park se dirige a Hawthorne, a la calle del Rey número 72. Es un edificio de seis pisos, un poco anticuado. Hay que subir un tramo de escalera para entrar. No hay encargado, sino un tablero con buzones para correos. Blaine se introduce en el ascensor, aprieta el botón de la tercera planta y, una vez arriba, pulsa el timbre de la puerta número 24... y le abre una mujer.

—¿Quién es esa mujer?

—Su amiga, naturalmente. Su nombre es Belinda Young, rubia, esbelta, bonita de cara y de cuerpo proporcionado. Todo un ejemplar.

—Si las asociaciones a que pertenece el señor Blaine lo supiesen, se armaría un escándalo.

—No nos interesa el escándalo, Hubert. Tú lo sabes bien. Sólo nos interesa que Mel Blaine se vaya al otro mundo.

—Creo que te voy comprendiendo. Hemos de liquidar a Mel Blaine mientras hace ese recorrido.

—No, sería muy difícil y demasiado arriesgado. Hay que matarle en el apartamento de Belinda.

—¿Con la mujer dentro?

—Sí, muchacho. Con la mujer dentro; pero ella no ha de darse cuenta de lo que ha ocurrido.

Hubert se levantó del sillón y fue hacia la mesa donde había una bandeja con un frasco de cristal de roca tallado que contenía *whisky*. Sirvió una abundante ración en un vaso y, después de beber un largo trago, cabeceó.

—Eso está bien, Norton.

—Estará bien si se hace sin ningún fallo. El acceso a la casa resultará fácil. La señorita Young tiene una ventana abierta, la ventana que da a la escalerilla de incendios. Si un hombre se llegase a la parte trasera del edificio provisto de un gancho, podría bajar la escalerilla sin ninguna dificultad. Luego el asesino ha de subir cautelosamente y entrar por la ventana. El resto, corre de su cuenta.

—Cada vez me gusta más.

—Naturalmente, hay que preparar el escenario para que la rubia sea la culpable de la muerte de su amigo, el señor Blaine.

—¿No crees que eso es un poco difícil?

Paul Norton esbozó una sonrisa.

—Podría resultar fácil... con cloroformo. Y no me refiero al que se emplea en los hospitales. Se golpea a la chica, se mata a Mel Blaine y, una vez arreglados unos detalles, nosotros podremos celebrar un buen réquiem por nuestro querido presidente.

—Has olvidado algo, Paul.

—¿El qué?

—Hasta ahora no te has referido para nada a la esposa del presidente.

—Oh, qué olvido tan lamentable. La linda señora Blaine con su hermoso cabello rojizo, su bonita cara, sus hermosos ojos... Pierde cuidado por eso, muchacho. La señora Blaine no está al corriente de las andanzas de su marido. Ella cree que su esposo es un dechado de virtudes, el hombre perfecto. Cuando empecé a pensar en esto, hice un par de llamadas a casa de nuestro presidente, justamente a las horas en que él se encontraba, con su muñeca rubia. Como es natural, un criado me anunció que no estaba en casa y entonces pedí hablar con la señora Blaine. Le hice ver que necesitaba al señor

Blaine para consultarle un asunto de la asociación. La estupenda señora Blaine me dijo que su esposo no se encontraba en casa porque había ido a Koboken a presidir una reunión de hombres benefactores, una asociación de caridad o algo por el estilo.

Hubert rió.

—La señora Blaine se sorprendería mucho si supiese que su esposo reserva toda su caridad para esa muñeca.

Norton dio un suspiro.

—Bueno, Hubert, hemos de hacerlo.

—¿Tienes ya al hombre indicado para eso?

—Desde luego.

—¿Quién es?

—Tú, Hubert.

En la estancia se hizo un silencio. Hubert bebió un trago de *whisky*, se miró la punta de los zapatos y finalmente alzó la cara.

—No, Paul. No sirvo para eso...

—Todos servimos para matar, especialmente cuando la desaparición de la persona elegida va a favorecer nuestros intereses.

—Paul, tienes más sangre fría que yo. Puedes hacerlo tú.

—Te podría decir que estoy demasiado grueso, que mis noventa kilos no es lo que debe pesar un tipo que ha de trepar por una escalera de incendios, introducirse por una ventana y luego escapar utilizando el mismo procedimiento que le sirvió para llegar allí. No, Joe, no te voy a poner tal excusa. No lo voy a hacer porque existe otra razón más interesante. Tú eres el más comprometido y ya sabes lo que quiero decir con eso.

La cara de Hubert adquirió un matiz pálido.

—Es cierto que he sustraído del almacén drogas por doscientos mil dólares, pero ¿quién me aconsejó que lo hiciese? ¿Quién se ha beneficiado de la mitad de ese dinero?

—Yo, Hubert. Pero sabes perfectamente que yo quedaría libre en caso de que el señor Blaine descubriese la desaparición de la mercancía. Eres el único responsable como jefe del almacén, Hubert. Comprendo que podrías acusarme ante el señor Blaine, pero ¿qué pruebas tendrías contra mí, muchacho?

Hubert carraspeó.

—No hablemos más de eso.

¿Lo harás?

—Sí, pero dame un poco de tiempo.

—¿Para qué, Hubert?

—Necesito acostumbrarme a la idea.

Paul Norton hizo un gesto negativo.

—No podemos esperar un solo día, Hubert.

—¿Eh?

—Esta mañana, Mel Blaine me dijo que quiere hacer una comprobación y tú ya sabes quién es Mel Blaine en un caso de éstos. No le bastará con que le presente los libros. Él es un tipo muy minucioso. Querrá comprobar las existencias en el almacén y le bastarán muy pocos minutos para saber que falta una buena cantidad de morfina.

Hubert sacó el pañuelo, con el que se enjugó el sudor que perlaba su frente.

—Hoy es lunes, Paul.

—Sí, es lunes. —Paul consultó su reloj—. Ahora son las cuatro. Dentro de tres horas Blaine se pondrá en camino hacia la casa de la señorita Young. Oscurece a las seis. El destino lo ha dispuesto todo para que tú puedas llevar a cabo la empresa, Hubert.

Se pasó la lengua por los labios.

—Me será muy difícil a estas horas comprar la cuerda y el garfio.

—Sí, es cierto, te habría sido un poco difícil, pero no necesitas comprarla porque ya me ocupé de ello. La cuerda atada al garfio se encuentra en el portaequipajes de tu coche.

¿De mi coche?

—Sí. Cuando llegué esta mañana aproveché bien el tiempo. No había nadie por los alrededores, de modo que saqué de mi portaequipajes el garfio y lo coloqué en el tuyo. Agregué una pistola con silenciador. Hubert apuró de una sola vez el contenido de su vaso. —Paul, ¿por qué no se lo encargamos a un tipo? Ya sabes, hay gente que lo haría por dinero.

—Oh, sí, tienes muy buenas ideas, Hubert. Podemos contratar a un asesino profesional, uno de esos fulanos que por quinientos o mil dólares retiran a una persona de la circulación.

—Estoy dispuesto a pagar ese dinero de mi bolsillo. —Magnífico. Pagaríamos a ese individuo y, ¿qué ocurriría después...? Que él nos tendría en sus manos. Cualquier día se presentaría aquí o nos

llamaría por teléfono para decirnos que se encuentra en la mala racha y que necesita un par de miles para largarse fuera. Pero eso sería el comienzo. Y, ¿qué pasaría si ese tipo se lo contase a otros...? Has de ser tú, Hubert. Siempre has odiado a Mel Blaine... Le has odiado con todas tus fuerzas. Corrígeme si me equivoco—. No, tienes razón. Le odio más que a nada en el mundo. Su orgullo y su soberbia me desquician. Siempre me ha tratado como a su limpiabotas. Por eso sentía un doble placer cada vez que le quitaba la morfina.

—Ahora sentirás un placer mucho mayor, Hubert. El de matarle. Hubert sacudió la cabeza.

—Sí, Paul. Ese hombre estará mucho mejor muerto.

—Recuerda que tú quedarás a salvo.

Hubert se acercó a la bandeja y se sirvió otra ración de *whisky*.

—Cuidado, muchacho, no bebas demasiado —dijo Paul.

—Lo soporto bien, tú lo sabes.

—Eso depende muchas veces de las circunstancias. No me gustaría que fallases, Hubert.

Hubert bebió los dos dedos de *whisky* y resolló:

—Tranquilízate, Paul. No fallaré. Mel Blaine está listo. Puedes estar seguro.

CAPÍTULO II

Joseph Hubert pasó con su coche frente al número 72 de la calle del Rey.

Arriba del tramo de escaleras, la puerta estaba cerrada.

Vio luz en algunas ventanas.

Siguió adelante y dobló por el callejón de la derecha, que estaba sumido en la oscuridad.

Pisó el pedal del freno después de haber arrimado el coche a la pared. Saltó fuera y se cercioró de que el vehículo no podía ser visto por nadie.

Se había preparado para aquello cubriéndose con sombrero y abrigo negro. En el bolsillo llevaba un pañuelo de un fuerte color marrón. Era el que se pondría en la cara.

Se había mirado muchas veces al espejo bajando el ala del sombrero sobre sus ojos y quedó satisfecho de su aspecto. Suponiendo que la mujer le viese, no podría decir mucho de él. Por añadidura, había aumentado su talla metiendo buenas plantillas en sus zapatos. Se acercó al portaequipajes y lo abrió. Allí estaba el garfio y la pistola con silenciador. Norton le había dicho que estaba provista de balas y que tres días antes él mismo, Paul, había estado probando el arma. Se encontraba en inmejorables condiciones para cumplir su misión: Matar. Paul le había dicho que tenía que deshacerse de la pistola arrojándola al mar. Cuando todo hubiese acabado, debía dirigirse a la cabaña de Paul Norton en Santa Mónica. Paul se encontraría allí esperándole ansiosamente para informarse del buen éxito de la confabulación. Sus manos, provistas de guantes negros, sopesaron la pistola. El dedo se arqueaba perfectamente en el gatillo. Echó la pistola en el bolsillo del abrigo y tocó el garfio atado a la soga.

Consultó su reloj. Las saetas señalaban las siete y veinte minutos.

Blains estaría a punto de llegar al apartamento de la muñeca rubia.

Tomó la cuerda enrollada con el garfio y cerró el portaequipajes encaminándose hacia la parte trasera del edificio.

No hacía ningún ruido porque sus zapatos estaban provistos de suela de crepé.

Al llegar a la esquina, esperó un rato y miró por todos lados. Lo peor que podía ocurrirle era que se tropezase con un vagabundo que merodease por aquellos alrededores.

Dejó transcurrir cinco minutos y ya para entonces sus ojos se acostumbraron a la oscuridad.

No, enfrente de él no había nadie.

Prosiguió su camino internándose por otra calleja a cuyo lado izquierdo había sólo una pared y, a la derecha, la parte trasera de los edificios de la calle del Rey. Identificó enseguida el que correspondía al número 72. Allí estaba la escalerilla de incendios. Todo era silencio, pero debería tener cuidado al lanzar el garfio. No podía hacer demasiado ruido. Calculó que entre sus hombros y el borde de la escalerilla había unos dos metros.

Soltó cuerda e hizo balancear el garfio.

Finalmente lo arrojó hacia el extremo de la escalerilla.

Pero falló el intento al faltarle medio palmo de cuerda. El garfio estuvo a punto de golpearle pero lo evitó haciendo un quiebro.

Escupió unas cuantas maldiciones y concedió al garfio el palmo de cuerda que necesitaba. Otra vez se puso a balancearlo y por último lo lanzó.

Permaneció un rato sujetando la cuerda, esperando oír una voz preguntando quién había allí. No, nadie se había dado cuenta de nada. Tiró suavemente de la cuerda y la escalerilla de incendios descendió.

Comenzó a trepar sintiendo que los dientes le castañeteaban. Hacía frío pero no para que sintiese los huesos congelados.

Paul Norton no se había equivocado respecto a la ventana. Estaba abierta.

No quiso asomar la cabeza. Se tomó un descanso escuchando por si le llegaba algún ruido. Paul no le había informado de lo que hacía

Blaine al llegar a la casa de la rubia. Quizá ellos dos se estaban haciendo el amor. Pero al cabo de un rato se cercioró de que dentro no había nadie.

Pasó una pierna y luego la otra, introduciéndose en la habitación. Se puso el pañuelo en la cara. Por debajo de una puerta vio una ranura de luz. Metió la mano en el bolsillo, sacó la pistola provista del silenciador, y echó a andar hacia aquella puerta. Pegó el oído al tablero, pero tampoco oyó nada. ¿Y si aquella noche Mel Blaine y Belinda se habían marchado?

Oh, no podía ser porque la luz estaba encendida. Puso una mano en el picaporte y lo hizo girar suavemente.

No hizo ningún chasquido al abrirlo. Luego empujó la puerta con el mismo cuidado.

Vio el *living*. Estaba decorado con un gusto exquisito.

En el diván y los sillones no había nadie.

De pronto descubrió el zapato de la mujer en el suelo, sobre la alfombra, el tacón apuntando hacia él. Abrió más la puerta y sintió que el vello se le erizaba. La rubia estaba tendida en el suelo completamente inmóvil, de bruces, y su pie izquierdo conservaba el otro zapato, pero el derecho estaba desnudo.

Irrumpió en la estancia y quedó quieto al ver al hombre que había un poco más allá de la rubia. Era Mel Blaine, el propietario y presidente del Consejo de Administración de la Blaine Company. También estaba boca abajo, sobre un charco de sangre.

Dios mío, ¿qué había pasado allí?

La diestra de la rubia empuñaba una pistola.

Se acercó más al lugar donde se encontraban los dos cuerpos.

La rubia mostraba un agujero en la sien.

Hubert sintió más deseos que nunca de tener a su alcance el frasco de *whisky*.

La sien de la rubia estaba quemada. Sí, se había disparado un tiro.

Se agachó sobre Mel y vio los dos orificios que tenía en el pecho. Comprendió lo que había ocurrido. La rubia había matado a Mel Blaine y luego había dirigido la pistola contra sí misma disparándose una bala. Sintió que se tambaleaba. Había venido para acabar con Blaine y ahora resultaba que ya estaba muerto; sólo que en aquel apartamento en lugar de un cadáver ahora había dos.

Dio media vuelta y echó a correr perseguido por una idea que acababa de cruzar por su mente. Quizá la policía estaba a punto de llegar y, si le sorprendían, no tendrían ninguna duda de que él les había matado arreglando luego el escenario. Se estremeció al pensar que bastaría con que los polis investigasen su vida privada para que sacasen a relucir todo aquello de las apuestas. No, con sus cuatro mil dólares al año no podía pagar a sus agentes cantidades que habían llegado hasta ocho mil dólares en un solo mes.

Todo lo tenía en contra.

¿Y si ahora alguien le viese bajando por la escalerilla de incendios?

Hasta podría ocurrir que la policía le estuviese esperando abajo, en aquel callejón.

CAPÍTULO III

Llegó ante la ventana y se detuvo, respirando entrecortadamente.

Estuvo tentado de arrojar la pistola lejos de sí, pero se dio cuenta de que sería mucho peor. Paul Norton había dicho que el número de serie había sido aserrado y que la adquirió unos días antes a un conocido de les bajos fondos.

Sí, estaba perdido, pero se abriría paso a tiros.

Asomó la cabeza por el hueco.

Había mucha distancia desde allí hasta el fondo. No podía ver nada.

Tenía que atreverse.

Empezó a descender la escalera.

De pronto dio un tropezón y se tuvo que agarrar fuerte a los barrotes para no irse rodando abajo.

El corazón le dio un vuelco al oír una voz ronca:

—Ana, ¿has oído eso?

—¿El qué, Geo?

—Creo que hay alguien en la escalerilla de incendios.

—Son alucinaciones tuyas.

—¿Estás segura de que estás todo el tiempo en casa mientras yo conduzco el camión?

—Pero, Geo, ¿qué es lo que estás pensando? —Juraría haber oído ruido en la escalerilla de incendios.

—No empieces a armarme otra como la del otro día porque descubriste una punta de cigarrillo en el cenicero y no tenía «rouge». ¿Es que una no puede fumar sin tener los labios pintados?

—Si nena, ya discutimos eso. Lo discutimos mucho.

—Pero tú no me creíste.

Hubert se dijo que era un buen momento para marcharse

mientras el hombre y la mujer reñían. Siguió descendiendo, pero ahora tuvo en cuenta el lugar donde ponía el pie.

Cuando estaba en la primera planta miró abajo. Tenía la mano derecha metida en el bolsillo apretando con fuerza la culata de la pistola. Si la hubiese sacado podrían haber visto que estaba armado, pero le bastaría una fracción de segundo para sacarla del bolsillo y liarse a tiros.

Sus ojos observaron atentamente aquel trozo de callejón. No, el lugar seguía solitario. Allá abajo, junto a la pared, pudo ver el garfio y la cuerda. Terminó de descender y se preparó para dar un empujón a la escalerilla de incendios y dejarla como estaba antes, pero pensó que podría hacer mucho ruido.

No, no le convenía eso.

La dejó como estaba y tomó el garfio con la mano izquierda porque no quería apartar la diestra de la pistola.

Otra vez estaba temblando.

Vio su coche a lo lejos y se arrimó a la pared.

¿Y si le estaban esperando allí?

¿Por qué no corría y salía por el extremo opuesto?

Todavía podría librarse.

Se apretó las sientes con la mano diciéndose que estaba pensando una estupidez. El coche era el suyo y si huyese, los polis conocerían en pocos instantes su identidad. Claro que podía decir que su automóvil le había sido robado pero ¿por qué el ladrón lo había llevado al lugar cercano a la casa donde el presidente de la compañía en que trabajaba había sido muerto por su amante? Siguió andando.

Conforme se acercaba al «Ford» el sudor le corría por todo el cuerpo. Su camisa estaba empapada y se adhería a su piel como si hubiese tomado una ducha con la ropa puesta.

Llegó junto al portaequipajes y miró por la ventana posterior.

Dio un suspiro de alivio al ver que dentro no había nadie. No, no le estaban esperando. ¿Qué condenado cobarde era él? Despojóse del pañuelo.

Metió la pistola en el bolsillo, guardó el garfio en el portaequipajes, y apenas se sentó ante el volante puso el coche en marcha y salió del callejón a una velocidad moderada. En cuanto dobló a la derecha, apretó a fondo el acelerador. El «Ford» saltó y la

aguja del velocímetro fue ascendiendo segundo a segundo. Veinte minutos más tarde hizo un alto en un bar. Allí no le conocían. Lo había elegido al azar. Se llamaba Maracaibo.

Pidió un doble de *whisky* en el mostrador sin fijarse en nadie, y lo bebió de un solo trago.

Todo había salido bien. Había logrado huir. Hizo una señal al mozo para que le llenase otra vez el vaso.

Cuando bebió encontróse mucho mejor.

Bueno, Paul Norton se iba a llevar una buena sorpresa. El peligro había desaparecido. Mel Blaine estaba muerto y él no había tenido necesidad de disparar un solo tiro. ¿Habría terminado ya su racha de mala suerte...? Debía responder afirmativamente. Eso de que la muñeca rubia hubiese terminado con Blaine era estupendo. Rió pensando en la cara que pondría Paul Norton cuando le contase la historia.

Ahora no tenía por qué demorarse.

Pagó la consumición y al cabo de un rato estaba en camino hacia Santa Mónica.

Conocía la cabaña de Paul porque en un par de ocasiones asistió a un par de fiestas que había dado allí el director gerente.

Se ubicaba en un lugar aislado del monte, cerca de un río donde abundaba la pesca. Paul Norton era muy aficionado a ese deporte. Era cierto lo de que cada americano tenía su *hobby*. ¿Cuál era el suyo? Sí, las apuestas en los hipódromos.

Se dijo que aquella noche que todo le había salido bien era un buen momento para hacer una buena apuesta.

Estaba seguro de que acertaría. Sólo tenía poco más de cien dólares, pero ahora Norton, que era una especie de ocio suyo, no tendría inconveniente en prestarle quinientos. Mejor, le pediría mil.

Permanecería en la cabaña el tiempo necesario para informar a Norton. Muy pronto la policía trataría de ponerse en contacto con los altos jefes de la casa, o quizá fuese la propia señora Blaine quien les llamase. A Paul Norton le gustaría mucho representar el papel del amigo del que consuela a la viuda de la pérdida irreparable.

Sonrió pensando en que Paul Norton sacaría muchos dividendos de tal situación.

Se apartó de la pista asfaltada y siguió por un camino arenoso.

Los faros del coche agujereaban la oscuridad de la noche.

Tres millas más allá los haces de luz que brotaban de la proa iluminaron la cabaña.

Frunció el ceño al no ver ninguna luz encendida. Detuvo su «Ford» y saltó fuera cerrando con fuerza la portezuela para que Paul lo pudiese oír desde el interior de la casa.

Esperó unos instantes inmóvil pero la casa siguió a oscuras.

Dirigióse hacia el porche y subió los tres peldaños.

Uno ellos, el segundo, gimió bajo su peso.

Una vez arriba miró hacia la cochera. No, allí no estaba el coche de Paul. La puerta estaba cerrada.

Puso la mano en el picaporte y lo hizo girar. Sonó un chasquido y la puerta se abrió. Rió por lo bajo. Paul Norton debería haber llegado y quizá fue al pueblo situado a unas cinco millas a comprar alguna cosa. Pero le había dejado la puerta abierta por si llegaba durante su ausencia. Paul pensaba en todo y por eso había llegado a ser director gerente de la cuarta firma en drogas más importante del país.

Hubert empujó la puerta y levantó el brazo para dar la vuelta al conmutador de la luz.

En la parte de enfrente estalló un fogonazo y un suave estampido.

Hubert sintió que una aguja al rojo vivo se le clavaba en el vientre. Lanzó un grito mientras golpeaba su espalda contra el marco de la puerta.

Fue a dar un grito, pero brotó otra llamarada.

Esta vez el dolor lo sintió en el pecho.

¿Qué era aquello? ¿Qué significaba?

Se desplomó en el suelo sintiendo que las tripas y el pecho le ardían.

Quedó ligeramente arqueado, la cara pegada al suelo.

No, no podía haberle ocurrido aquello. Era imposible. Oyó pasos que se acercaban adonde él estaba y luego la estancia quedó iluminada.

Hubert cerró los ojos porque le hirió la luz de la lámpara que colgaba del techo. En esa posición, oyó una voz:

—Hola, Hubert.

Era Paul Norton.

Abrió los párpados y vio su cara arriba sonriéndole.

—Paul...

—Lo siento, muchacho, pero no podía confiar en ti.

—Canalla...

—Joe, te divertiste mucho en esta vida...

—He sido un estúpido... al creerte... Todo ha sido una trampa... Una maldita trampa.

—Sí, muchacho. Quería que hicieses el trabajo y luego yo sólo tenía que encargarme de ti.

—Pero, Paul, tú no sabes... Ellos..., ellos ya estabas muertos...

Paul arrugó el entrecejo.

—¿De qué estás hablando, Joe?

—¿Por qué lo has hecho...? ¿Por qué, Paul...? No hacía falta... La rubia mató a Blaine y luego se pegó un tiro... Yo llegué cuando todo había ocurrido... Habría podido ser sencillo.

De pronto, Hubert dejó escapar un gemido, y doblóse a un lado quedando boca arriba.

Paul Norton permaneció quieto, mirándole. De sus labios fue desapareciendo poco a poco la sonrisa. ¿Qué había querido decir aquel estúpido...?

No, la muñeca rubia no podía haber matado a Blaine, dándose muerte después. ¿Por qué lo iba a hacer? Oh, no, había sido una invención de Hubert para obligarle a dar un mal paso.

La puerta seguía abierta. La cerró, pero no había desaparecido de su frente el gesto preocupado.

Observó de nuevo el cadáver que tenía a sus pies. «Estúpido —se dijo—, ¿cómo pensaste que me podía aliar contigo de por vida? Habrías necesitado una fortuna todos los años para invertirla en apuestas».

Fue al mueble-bar y escanció *whisky* en un vaso.

¿Y si lo que Hubert había dicho fuese verdad?

Inspiró profundamente.

Todo lo había preparado con meticulosidad. Joe Hubert mataría a Blaine, ateniéndose a sus instrucciones; de modo que la señorita Young fuese la asesina. Luego, él sólo tendría que matar a Hubert cuando llegase a la cabaña y le enterraría a unas cincuenta yardas de la casa, entre los pinos. Había estado cavando el hoyo antes de dirigirse a la cabaña para esperarle a oscuras. No había peligro de que le sorprendiesen porque en aquella época del año por aquel

lugar no había nadie. Fue una suerte por parte suya construir allí la cabaña. Contaba con que al morir Blaine se realizase una buena investigación de las existencias de la Blaine Company. El estúpido de Hubert no lo había tenido en cuenta, pero él sí. Cuando apareciese aquella merma de morfina por valor de doscientos mil dólares, naturalmente, todos pensarían en el jefe del almacén y se pensaría que había huido al extranjero al enterarse de lo que se le venía encima. La policía daría aviso a la Interpol y a los demás policías que no pertenecían a la organización internacional. Pero, naturalmente, Hubert nunca sería hallado por que se encontraría bien muerto y a unos cuantos pies bajo tierra.

Ése había sido su plan. Magnifico. Sin un solo fallo.

Pero ahora, poco antes de morir, Hubert le había colocado balbuciente aquella historia de que la rubia había matado a Blaine y luego ella se pegó un tiro en la sien.

Siguió pensando y al fin llegó a una conclusión. No podía hacer marcha atrás. Enterraría a Hubert en el hoyo que le había destinado y luego regresaría a su apartamento a esperar le llegasen noticias acerca de lo que realmente había ocurrido en el número 72 de la calle del Rey.

CAPÍTULO IV

Paul Norton paseaba por el *living* cubriéndose con un batín. Ya hacía tres horas que había llegado procedente de su cabaña. Comió un poco de pollo en la cocina y luego se desvistió, tomando una ducha.

Trató de dormirse, pero no lo consiguió. Finalmente tuvo que alzarse de la cama y salir al *living*. Dos o tres veces se detuvo mirando al teléfono, pensando en hacer una llamada al apartamento de Belinda Young; pero desistió al pensar que la policía pudiese estar allí.

Calentó café y tomó dos tazas.

De repente el teléfono del *living* se puso a sonar. Acudió al de la mesilla de noche y apretó el botón para que llegase la comunicación por aquel cable.

—¿Si?

—Paul... Soy Margaret... Ha pasado algo horrible.

Era la voz de ella, la de la viuda, y esbozó una sonrisa pensando que él sabía qué cosa tan horrible había pasado.

—¿De qué se trata, Margaret?

—Mi esposo... Ha muerto.

—¿Qué dices, Margaret?

—Le han asesinado.

—No es posible.

—No te puedo dar detalles ahora, Paul. ¿Puedes venir a casa inmediatamente?

—Desde luego.

—Date mucha prisa... Me encuentro muy sola... La policía estuvo aquí. Ya se han ido, pero volverán por la mañana para que los acompañe a identificar el cadáver de Mel —la mujer rompió a

llorar—. Oh, Paul, no te demores mucho...

Norton colgó y quedóse mirando el teléfono.

—Sí, señora Blaine —dijo en voz alta—. Voy enseguida. Me necesitas y un amigo tuyo y de tu esposo no puede dejar de estar a tu lado en unos momentos tan tristes.

Media hora más tarde, estacionaba el coche junto a la escalera de la mansión en Long Beach donde residían los Blaine.

Algunas ventanas de la casa estaban encendidas. Antes de llamar abrieron la puerta. Era el servicial Whipple Harding, el mayordomo.

Norton vio su calva reluciente, sus ojos que ahora reflejaban un gran temor.

—Señor Norton... qué desgracia más grande.

—¿Dónde está ella?

—En la biblioteca.

Encontró a Margaret de pie junto a la ventana. Se cubría con una bata y por el escote pudo ver el encaje del camisón. Parecía haber llorado, pero eso no menoscababa un ápice su belleza. ¿Cómo podía existir una mujer tan perfecta? No la cambiaría ni por la más clamorosa actriz de Hollywood.

Ella fue rápidamente a su encuentro.

—Oh, Paul, gracias por haber venido.

Paul le tomó una mano y sintió que estaba helada.

—Bueno, tranquilízate... ¿Qué es eso de que Mel fue asesinado?

—Le encontraron muerto en casa de una amiga.

—Margaret...

—Sí, Paul. Al parecer Mel visitaba a esa mujer con frecuencia. Su nombre era Belinda Young. El teniente Ertie Sullivan, de Homicidios, vino aquí con algunos de tus hombres para comunicarme la noticia. Mel veía a esa joven los lunes y viernes... Mel me decía que tenía que ir a una reunión benéfica en Hoboken. Se marchaba hacia las siete y a veces no regresaba hasta medianoche.

—Creo que si me pinchasen con un alfiler no me saldría sangre. Pero ¿quién le mató?

—Ella.

—¿Por qué?

—Quizá él se había cansado de ella o tuvieran una fuerte discusión por algún motivo. Tal vez ella le pidió que se divorciase

de mí... No lo sé, Paul. Lo cierto es que, según la policía, esa joven mató a mi marido y luego se quitó la vida... Jamás había imaginado que nuestro matrimonio pudiese terminar así.

La joven se acercó a la ventana y miró fuera, dando las espaldas a Paul.

—¿No dices nada? —preguntó ella.

—Cuesta trabajo hacerse a la idea de que el hombre con el que uno ha trabajado y por el que sentía el máximo respeto resultó un...

—Por favor, no lo digas.

—Perdona, Margaret, pero no estuvo bien que hiciese eso contigo.

—Ya está muerto.

Hubo un silencio entre ambos y ella dijo:

—No te he ofrecido *whisky*. ¿Quieres servírtelo tú mismo?

—Prepararé otro para ti.

—No.

—Te hace falta.

Preparó los dos *whiskys* puros y le llevó un vaso a ella.

Después de beber un trago, Paul preguntó:

—¿Cómo se enteró la policía?

—Una vecina, una tal Carla, se llegó al departamento de Belinda a pedirle una taza de azúcar. Apretó el timbre y, como no le contestasen, abrió la puerta.

Entonces se encontró con el cuadro.

—Siento que tu nombre quede envuelto en el escándalo.

—Eso no me preocupa. Pregunté a ese respecto al teniente y me dijo que era inevitable, que ellos tenían que dar la información.

—Será malo para la compañía Blaine y para los otros: negocios de Mel... Pero se olvidará pronto.

—En cuanto se celebre el funeral me marcharé de la ciudad. No puedo permanecer aquí.

A Paul no le gustó aquello. Si Margaret se marchaba, no tendría oportunidad de verla.

—¿Adónde quieres ir?

—A Europa. Tengo amigos en París.

—Creo que eso no te conviene.

—¿Por qué no?

—Ya conoces a la gente, a los periodistas. Te tratarán muy mal

si haces tal cosa y, luego, cuando regreses, volverán a resucitar el caso. Es preferible que soportes el temporal en el puente de mando, si me permites la comparación. Luego vendrá la bonanza.

—Sí, quizá tengas razón.

—No estarás sola. Si no te sirve de molestia, vendré a verte con frecuencia y saldré contigo... Te llevaré a donde quieras.

—Qué bueno eres, Paul.

—Tú sabes que lo haré con mucho gusto.

La joven le volvió a dar la espalda, mirando por la ventana.

Paul saboreó su triunfo. Todo había salido perfecto. Después de todo, había resultado bueno que la muñeca rubia disparase sobre Mel y luego se levantase la tapa de los sesos. No había hecho falta la intervención de Hubert; pero no estaba arrepentido de haberle dado muerte. Hubert se había convertido en un estorbo porque gastaba sin límite y siempre necesitaba más. Ahora sustituiría a Hubert en el almacén por un hombre de su confianza. Además, no necesitaba echar mano de la morfina. Por el contrario, al cabo de unas semanas, cuando lo de Blaine se hubiese olvidado, sacaría a relucir la situación del almacén y la responsabilidad recaería sobre el fugitivo Hubert. Sólo él sabía que Hubert no se había ido a ninguna parte, que continuaba en California bajo un hermoso trozo de tierra rodeado por altos pinos...

La joven se sentó en un sillón y apoyó la cabeza en el respaldo, cerrando los ojos.

Paul admiró su blanca garganta. Estaba en una posición maravillosa para besarla. Pero ya lo haría. Había esperado mucho tiempo. ¿Por qué no esperar ahora un poco más?

Paul le tomó el vaso de *whisky* de la mano y le escancié otra ración.

—No quiero beber más —la oyó decir en voz baja—. Sólo deseo ahora una cosa con todas mis fuerzas: Despertar y convencerme de que todo es una pesadilla, de que nada de esto ha ocurrido.

—Te comprendo, Margaret. Pero, por doloroso que sea, uno ha de enfrentarse con la realidad.

—Sí, Paul.

—He pasado por malos momentos en mi vida —prosiguió él—. En un principio traté de hurtar los golpes y eso es mucho peor. Hasta que un día decidí hacer frente a todo y entonces las cosas

empezaron a cambiar. No se debe retroceder nunca. Siempre adelante, Margaret.

En aquel momento llamaron a la puerta. Era Whipple.

—Señora Blaine, es el teniente Sullivan.

—¿Otra vez?

—Dice que se le olvidó algo.

—Está bien, dile que pase.

El teniente Sullivan no entró solo, sino acompañado por dos hombres. El teniente frisaba en los treinta y cinco años. Era rubio, alto, cara bronceada en la que resaltaban unos ojos verdosos, el mentón hendido. —Siento molestarla, señora Blaine— dijo y dirigió una mirada al hombre que se encontraba con la señora Blaine.

—Teniente, le presento a Paul Norton, director gerente de la compañía Blaine y un buen amigo. El teniente Sullivan, de Homicidios.

Norton se adelantó hacia el teniente tendiéndole la mano.

—Celebro conocerle. Da señora Blaine me comunicó la noticia... No sé qué decir, teniente. Estoy confuso. El teniente se apretó el maxilar inferior y dio unos pasos en la habitación hacia la joven, que continuaba sentada en el sillón.

—¿Qué olvidó, teniente? —preguntó Margaret—. Hacer algunas preguntas. Pero la verdad es que cuando me marché de aquí hace unas horas no se me ocurrieron. Entonces las cosas estaban de otra forma.

—¿Qué quiere decir?

—Todo ha cambiado, señora Blaine.

—¿Quiere explicarse, teniente?

—Con mucho gusto. —Sullivan hizo una pausa inspirando profundamente y luego agregó—: Belinda Young no asesinó a su esposo.

CAPÍTULO V

Las palabras del teniente parecían haber electrificado la atmósfera.

—¿No fue... ella? Rompió el silencio Margaret Blaine.

—No.

—Pero usted dijo que mi marido estaba muerto y que la señorita Young se había suicidado. Tenía una pistola en la mano.

—En la mano derecha, y ése fue el error que cometió el asesino. La señorita Young era zurda. Lo hemos comprobado hablando con algunas personas que viven en los otros apartamentos del edificio.

Paul Norton intervino:

—Imagino que una persona zurda también se puede valer de la derecha.

—La señorita Young no era ambidextra. La derecha la utilizaba muy pocas veces, y, una vez decidida a suicidarse, después de dar muerte a Mel, no se le habría ocurrido jamás emplear una mano con la que podía fallar. La bala le entró justamente por el sitio que le debía provocar la muerte instantánea.

—Usted quiere decir con eso que alguien asesinó a los dos y preparó el escenario.

—Exactamente, señor Norton.

¿Quién lo hizo?

—No lo sabemos todavía, pero cuando ocurre una cosa como ésta, debemos de extremar nuestro rigor respecto a los sospechosos —miró a la señora Blaine—. ¿Salió esta tarde de su casa, señora Blaine?

Paul Norton protestó con vehemencia:

—Teniente, ¿a dónde quiere ir a parar?

—Perdone, señor Norton, pero estoy realizando una investigación. ¿Sería demasiado pedirle que no interfiera?

Norton fue a agregar algo pero cerró la boca.

El teniente volvió a clavar sus ojos en el bello rostro de Margaret.

—Salí esta tarde, teniente —contestó ella.

—¿A qué hora?

—Poco después que se marchó mi esposo.

—¿Cuánto tiempo después?

—No miré el reloj.

—¿Adonde fue, señora Blaine?

El rostro de Margaret palideció ostensiblemente. Paul Norton dejó oír su voz, que sonó ahora como un latigazo:

—Creo que se está extralimitando, teniente. Al parecer, olvida que esta mujer es la esposa de una de las víctimas.

El teniente se miró la punta de los zapatos.

—Oiga, señor Norton, llevo trabajando nueve años en la Brigada de Homicidios. El Estado me paga para que cumpla con mi deber, que no es otro que el de descubrir al culpable de un crimen. Ahora acaba de cometerse un doble asesinato y la persona que lo hizo está libre. Debo saber quién es y meterla entre rejas. Si me vuelve a interrumpir, no tendré más remedio que hacerle salir de esta habitación.

Norton apretó los maxilares.

—Por favor, Paul —dijo Margaret—, puedo contestar al teniente.

—¿Quiere que le repita la pregunta, señora Blaine? —dijo Sullivan.

—No hace falta. Lo recuerdo perfectamente. Usted quiere saber adónde fui cuando salí de casa poco después de irse mi marido.

—Si, ésa fue la pregunta.

—A la calle del Rey.

¿Qué número concreto de la calle del Rey?

—El 72.

—Una verdadera casualidad, señora Blaine —dijo el teniente—. El número 72 corresponde al edificio donde vivía Belinda Young.

Paul Norton miró con asombro a la joven, pero no dijo nada.

—Si, teniente —confirmó Margaret—. Ella vivía en el apartamento número 24 y es justamente adonde yo me dirigí.

—¿Fue otras veces allí, señora Blaine?

—No. Era la primera vez.

—¿Y por qué fue esta tarde, señora Blaine?

—Quería sorprender a mi esposo. Había recibido un anónimo.

¿Un anónimo? ¿Qué historia es ésa?

—No es ninguna historia, teniente, sino la pura verdad. Recibí una llamada telefónica el viernes pasado. Eran aproximadamente las ocho de la tarde. Mi marido se encontraba ausente, había ido a otra de sus reuniones de Hoboken... Era una voz de hombre... Me anunció que mi marido me engañaba con otra mujer. Yo fui a colgar, pero el hombre dijo el nombre de mi rival, Belinda Young, y a continuación dio la dirección. Le pregunté quién era y él sólo me dijo que era un amigo.

—¿No pudo identificar su voz?

—No.

—¿Qué más le dijo?

—Que mi esposo visitaba a Belinda Young los lunes y los viernes alrededor de las siete y media. No quise saber más y colgué. ¿Le llamó otra vez?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Ayer por la mañana. Mi esposo debía encontrarse en su oficina de la compañía Blaine.

—¿Qué le dijo esta vez ese hombre, señora Blaine? —Sus palabras fueron casi las mismas. Corté la mitad de su discurso interrumpiendo la comunicación... A partir de ese momento, me puse muy nerviosa. El primer día no había querido dar importancia a lo que me había dicho aquel hombre, aunque lo recordé unas cuantas veces. Pero después de la segunda llamada, mi cerebro no descansó. Siempre estaba pensando en lo mismo. Al fin, no pude resistirlo más y decidí hacer una comprobación por mí misma—. ¿Qué coche utilizó, señora Blaine?

—Un «Cadillac» color azul, que podrán ver ustedes en mi garaje.

—Sí, mis muchachos ya lo están viendo.

—Usted piensa en todo, teniente.

—Eso quisiera yo —dijo Sullivan en tono casual—. Siempre hay detalles que se escapan, pero otros quedan grabados en la mente, como, por ejemplo, su forma de reaccionar cuando le anuncié la muerte de su esposo.

—No sé a qué se refiere.

—Sus ojos expresaron miedo, señora Blaine. Fue durante una fracción de segundo. En ese momento me pregunté de quién sentía usted miedo. A veces es debido al impacto de la noticia, pero otras veces... —dejó la frase sin terminar.

—Gracias por hacerme partícipe de su experiencia, teniente, pero imagino que querrá saber lo que hice al llegar al número 72 de la calle del Rey.

—Perdone mi interrupción, señora Blaine. Puede continuar. Tiene mi autorización.

La hermosa pelirroja crispó las manos sobre los muslos.

—¿Es necesario que se muestre impertinente durante su interrogatorio, teniente?

—Le presento mis disculpas, señora Blaine, si le he parecido grosero.

Tras una pausa la joven dijo:

—Subí en el ascensor a la tercera planta y me acerqué al apartamento número 24. Una vez allí me detuve un rato. Estuve a punto de volverme, pero una fuerza superior me empujó a hacer lo que hice.

—¿Y qué es lo que hizo?

—Abrí la puerta y pasé dentro.

Uno de los policías que se hallaban junto a la puerta estaba escribiendo en un cuaderno todo lo que decía la señora Blaine. Su compañero se apoyaba en la pared, las piernas y los brazos cruzados, el sombrero echado ligeramente hacia atrás.

Por su parte, Paul Norton se hallaba inmóvil, mirando con las cejas enarcadas a la mujer por la que estaba dispuesto a los mayores sacrificios con tal de hacerla suya.

—Mi esposo se encontraba sentado en un diván y tendida en el diván vi una mujer rubia. Ella le había echado los brazos al cuello y estaban en actitud de iniciar un romance. Los dos se interrumpieron para mirarme. La cara de Mel perdió el color, pero no así la de ella, que conservó toda su serenidad. Al parecer me conocía bien, quizá porque había visto alguna fotografía mía o porque mi esposo le hizo una buena descripción de mi persona. Lo cierto es que Belinda sonrió diciendo: «¿No me vas a presentar a tu mujer, Mel?».

La joven se puso en pie y fue hacia la mesa donde estaba el *whisky*. Se sirvió dos dedos y bebió la mitad.

—Mel no había abierto la boca. No quise hacerle una escena. No era ésa mi intención. Sólo dije que al día siguiente daría orden a un abogado para que iniciase el divorcio. Entonces Mel se puso en pie de golpe y dijo que de ningún modo me lo concedería y que debía serenarme. Propuso que nos fuésemos a casa los dos y que allí discutiríamos serenamente la situación. Le contesté que prefería marcharme sola, y que por lo que a él se refería, debía continuar lo que ya había empezado. Salí de allí dando un portazo.

Margaret guardó silencio y bebió el resto de *whisky* que contenía el vaso.

—¿No ocurrió nada más, señora Blaine?

—No, teniente. Eso fue todo.

¿No llevaba por casualidad usted en el bolso una «Smith & Wesson»

calibre 32? ¿No es más cierto que al irrumpir en el apartamento, sin preguntar ni decir nada, se puso a pegar tiros? ¿No es verdad que alcanzó a su marido en el pecho y que...?

¡No, teniente! Todo eso es una pura invención suya. Ya le he contado la verdad. Sólo permanecí allí un par de minutos, el tiempo necesario para decir a mi esposo que me separaría de él.

—¿Espera que la creamos, señora Blaine?

—¿Qué iba a ganar yo con no contarles ahora la verdad? —No la contó antes cuando vine a decirle que su esposo había muerto asesinado y que la señorita Young se había pegado un tiro en la sien. ¿Por qué no habló entonces?

—Acepté como bueno lo que usted me dijo con respecto al finad de mi esposo y el de ella. Yo no podía cambiar las cosas haciendo la confesión de que los había visto a los dos en aquel apartamento... Por otra parte, me sentí culpable. Pensé en lo que pudo haber ocurrido después de marcharme yo. Imaginé que Blaine había decidido alejarse definitivamente de aquella mujer luego de mi aparición, al darse cuenta de que yo estaba dispuesta a pedir el divorcio. Belinda Young no se conformó, sacó la pistola y le mató a él, disparándose después un tiro en la cabeza... Todo eso fue lo que pensé... ¿Qué iban a adelantar ustedes con que les dijese que yo había estado allí?

—¿No es más cierto que usted ha confesado ahora porque cometió un error, el error de no borrar las huellas digitales del

pomo de la puerta? Cuando vinimos aquí la primera vez, uno de mis hombres se llevó el cenicero que había sobre la mesa y en el que usted había puesto sus dedos. Por ello, nos ha resultado fácil confrontar sus marcas con las que dejó en la puerta del apartamento de Belinda Young.

—Es usted muy listo, teniente.

—A eso agregue usted nuestro descubrimiento de que Belinda no se pudo disparar aquel tiro por la sencilla razón de que tenía la pistola en la mano derecha siendo zurda y podrá explicarse por qué he regresado a su casa.

—Lo comprendo perfectamente y ya le he dado una explicación.

—No me satisface, señora Blaine.

—Oh, sí, usted preferiría que confesase haber matado a mi esposo y a la señorita Young. Pues se equivoca. No voy a admitir tal cosa porque no es cierto. ¿Lo oye? —Está bien, señora Blaine. Si ésa es su última palabra, me temo que no tendré más remedio que detenerla.

Paul Norton se adelantó un paso.

—¿La va a acusar usted de ese infame crimen?

—No, señor Norton, todavía no, pero la retendré como testigo esencial.

—Creo que está cometiendo un grave error, teniente. Sullivan hizo un gesto con la mano, pero no dio respuesta al director gerente de la Blaine Company.

Miró a la joven.

—Puede vestirse, señora Blaine. Naturalmente, puede llevar consigo lo que necesite.

—Imagino que no me dejarían llevar muchos baúles a la cárcel —dijo la joven y luego agregó—: Me encontrarán dispuesta dentro de diez minutos.

—Perdone, señora Blaine, pero uno de mis hombres ha de acompañarla. —Tengo que vestirme.

—No se preocupe, estamos acostumbrados a ciertas cosas. Mi hombre se pondrá de espaldas cuando usted lo ordene, pero no la dejaré a solas en la habitación.

Los ojos de Margaret Blaine despidieron fuego.

—Es usted un fiel cumplidor de la ley, señor Sullivan. Ambos quedáronse mirando retadoramente, ella la barbilla ligeramente

levantada. Por fin, la seductora pelirroja salió de la estancia.

Sullivan hizo una señal al hombre del sombrero echado sobre la nuca.

—Ve con ella, Smith.

—Con mil amores, teniente.

—Y obedécela cuando te diga que te pongas de espaldas.

—Claro que sí, teniente, claro que sí. Ya sabe que soy un chico la mar de correcto. —Smith sonrió mientras abandonaba la estancia. El teniente dio un suspiro.

—Nuestra profesión está llena de inconvenientes, señor Norton.

—Sigo pensando que está usted equivocado.

Sullivan sacó un cigarrillo del bolsillo y se lo puso en los labios. Antes de que frotara el fósforo preguntó:

—¿Qué me dice de Blaine como jefe?

—Era un hombre poco tratable. Sólo pensaba en el dinero. No daba nunca confianza a sus empleados. —¿Ni siquiera a usted, su director gerente?—. Conmigo se permitía ciertas bromas, pero inmediatamente las cortaba, en cuanto se percataba de que eso podía establecer una relación de confianza entre él y yo.

—¿Qué tal le marchaban los negocios?

—El señor Blaine poseía un don especial. Convertía en oro todo lo que tocaba.

—Un Midas, ¿eh? ¿Qué me cuenta de sus enemigos?

—Los debería tener por docenas.

—Cíteme alguno.

—No puedo señalarle a nadie concretamente pero, a lo largo de su vida tuvo que luchar con mucha gente, en su mayoría competidores.

—¿Supone que alguno de ellos pudo matarle?

—No lo sé.

—Pero lo piensa. Ya he visto la dedicación que le merece la señora Blaine.

—No le permito decir eso, teniente. La señora Blaine es sólo la esposa de mi jefe. Por un deber de lealtad, debo cuidar de ella.

—Perdone si he herido sus sentimientos, señor Norton. —No llevará esto muy lejos, teniente. Me pondré a trabajar para que la señora Blaine pueda quedar libre en el menor tiempo posible. Antes de que termine la noche se encontrará de nuevo en su casa.

—Oh, sí, ya lo entiendo, hará salir a un abogado de la cama para que le prepare un habeas Corpus.

—¿Lo va a impedir usted, teniente?

—De ninguna forma. Puede hacer lo que guste. Me gusta respetar la libertad de los ciudadanos.

—En tal caso, me marcho ya.

—Cuando usted quiera, señor Norton. No hay necesidad de que nos acompañe.

Paul hizo un gesto con la cabeza y se dirigió hacia la puerta.

—Señor Norton —le llamó Sullivan.

Paul dio media vuelta, enarcando las cejas.

—¿Qué quiere, teniente?

—¿En dónde se encontraba usted entre las siete y las nueve de esta noche?

—En mi cabaña del lago Vaynard, a unas veinticinco millas de la ciudad. Voy a veces allí a pescar.

—¿Y pescó algo?

—No, teniente. No tuve suerte.

—Gracias por todo, señor Norton. Quizá hable más adelante con usted. Cuestión de rutina, ya sabe. —Cuando quiera— asintió Norton y salió de la estancia.

Sullivan dio una chupada al cigarrillo.

El hombre que había hecho la transcripción carraspeó fuertemente.

—¿Crees de verdad que fue ella, Ertie?

—No lo sé, Thomson. No lo sé.

CAPÍTULO VI

El teniente Sullivan estaba sentado ante la mesa de su despacho, la cabeza apoyada en el respaldo, un cigarrillo entre los labios.

El detective Smith Carson entró en la estancia sin llamar.

—Teniente, se la llevan ya. ¿Quiere verla?

—¿Para qué? ¿Quién es el abogado?

—Marcus Steel.

—Oh, sí, claro, Steel tenía que estar de por medio tratándose de un tipo con millones.

En aquel momento vio aparecer la cabeza del abogado por el hueco.

—¿Qué tal, teniente? ¿Puedo echar una parrafada con usted?

—¿Es necesario, señor Steel?

Steel frisaba en los cincuenta y cinco años y era de estatura regular, fornido, con grandes entradas en la cabeza. Vestía un elegante traje color oscuro y corbata gris, en la que exhibía un brillante del tamaño de una avellana.

—Sullivan, me gustaría saber si de pronto ha cambiado.

—¿A qué se refiere?

—Usted pertenece a la nueva generación de policías, de los que no conceden mucha importancia a las pruebas circunstanciales. Sin embargo, ahora se ha atrevido a traer a la señora Blaine a la comisaría basándose en una prueba pura y simplemente circunstancial.

—Tiene usted fama de que durante los juicios hace los mejores chistes. ¿También los va a hacer aquí ahora, Steel? La señora Blaine ha admitido haber estado en el apartamento de Belinda Young y, cosa curiosa, lo hizo minutos antes de que se perpetrara el doble crimen.

—Suponiendo que ella fuese la autora del crimen. ¿Cree que hubiese pasado por alto sus huellas dactilares en el picaporte?

—¿Por qué no? Un olvido lo tiene cualquiera.

El abogado sonrió mientras sacudía la cabeza.

—La señora Blaine es una mujer inteligente. ¿No lo ha comprobado, teniente?

—Sí, creo que sí, y he pensado que quizá por ello dejó sin borrar sus huellas intencionadamente.

—Convéncame acerca de esa necesidad.

—Es la mar de sencillo. En su casa de Long Beach hay muchos criados y, naturalmente, contó con que algunos de ellos la verían salir poco después que su marido emprendiese el supuesto viaje a Hoboken. La señora Blaine se dijo que eso llegaría a nuestro conocimiento y que podríamos interesarnos por el lugar adonde había ido... No tenía coartada. —Podía haber comprado a cualquier amiga. Tiene dinero para ello.

—Una amiga rinde a veces malos beneficios. Habría sabido enseguida que realmente estaba cubriendo a Margaret por un doble asesinato. No, eso no le traía cuenta a la señora Blaine. Otra cosa, abogado. La señora Blaine veía por primera vez a Belinda. Desconocía con toda seguridad que era zurda —el teniente hizo una pausa—. Sí, señor Steel. Admito que contra ella sólo existe en este momento una prueba circunstancial, sus huellas en el picaporte, y no puedo hacer otra cosa que rendirme a la evidencia de que usted se la puede llevar de aquí. Pero quizá vuelva pronto.

Marcus Steel hizo una mueca.

—De acuerdo, teniente, usted tiene facultades para volverla a traer más de una vez, pero siempre que lo haga estará dispuesto a sacarla como hoy. De modo que, si no quiere que juguemos al gato y al ratón, busque algo mejor que justifique sus actos. Hasta la vista, teniente.

Sullivan no dijo nada y el abogado salió de la estancia. Smith Carson, que había estado escuchando el diálogo en silencio, emitió un gruñido:

—¿Qué pretendía con eso, teniente?

Sullivan se puso en pie y paseó por la estancia.

—¿Por qué ella no ha de estar metida en la confabulación?

La puerta se abrió bruscamente, dando paso al capitán Lee

Coleman.

—¿Qué le pasa, Ertie? ¿Es que ha perdido la cabeza? —rugió quedando con los brazos en jarras mirando al teniente.

Lee Coleman era alto, fornido, de cabello castaño revuelto, frente ancha y ojos un poco separados.

—¿Por qué lo hizo? No ha debido de traer a esa mujer. ¿Se ha acercado a la puerta de la calle? Hay no menos de veinte periodistas. ¿Es que ha pretendido convertir el departamento en el hazmerreír de la ciudad? Si es eso, lo ha conseguido. La señora Blaine cuenta con las mejores amistades, tipos que ocupan altos cargos, y ya conoce a Marcus Steel. Antes de una hora mis dos teléfonos empezarán a sonar. No acabarán nunca y una de las llamadas vendrá de la casa del comisionado. Sullivan soportó el chaparrón apretando los puños.

—Este caso presenta extrañas peculiaridades, capitán. —¿No cree que está llegando demasiado lejos con sus suposiciones, Ertie?

Sullivan expulsó el aire que contenían sus pulmones. Ya había salido con aquello el capitán. El, Ertie, era un hombre con mucha fantasía. Creía ver cosas raras donde no las había. Era el tema favorito del capitán cuando hacía algo que no contaba con su aprobación.

—Hubo un cuarto personaje en escena, Lee.

—¿Un cuarto personaje? No ha hablado de eso. —Sólo existen indicios en un principio; pero ahora hemos hecho la comprobación.

—Hábleme de eso. ¿A qué se refiere?

—Los muchachos interrogaron a los inquilinos de los otros apartamentos. Una planta más abajo de la de Belinda vive un matrimonio. Él es camionero, Geo González. El nombre de su mujer es Anna. Aproximadamente a la hora en que se cometió el crimen Geo despertó al oír un ruido en la escalerilla de incendios. Le pareció como si alguien hubiese tropezado mientras bajaba o subía. Despertó a su esposa porque ella no había oído nada y sostuvieron una discusión. Geo había oído bien porque descubrimos que la escalerilla de incendios había sido bajada. Y eso no es todo. En los peldaños descubrimos un poco de barro y partículas de ese mismo barro han sido advertidas por nuestros muchachos del laboratorio entre las muestras de barro que sacamos del dormitorio cuya ventana da a la escalerilla de incendios y hasta en la propia

alfombra del *living* donde Belinda y Blaine fueron muertos. El barro procedía del callejón al que da la parte trasera del edificio, donde está la escalerilla. Ya sabe, algunas personas tiran las aguas sucias o se dedican a regar las plantas. Por añadidura, encontramos huellas de neumáticos de un coche que había sido estacionado cerca de la pared, a unas veinte yardas de la escalerilla. Se trata de un «Ford», probablemente modelo de dos años atrás. —Todo eso está muy bien, teniente, pero ¿no se contradice con lo que usted ha hecho con la señora Blaine? Esa persona, probablemente un hombre, que dejó esas marcas de barro y que se llegó al callejón con un coche «Ford» es el asesino. ¿Qué más sabe de él?

Imagino que también dejaría las huellas de sus zapatos en el barrillo.

—Sí, dejó tres buenas marcas. Calzaba un 41 con suela de crepé. Es un hombre bastante delgado, no debe de pesar más de sesenta y cinco kilos.

—Si tenía todos esos datos, ¿por qué trajo a la señora Blaine?

—Sólo he pretendido confiar al asesino.

—¿Eh?

—Quiero llevar a su mente que estamos muy lejos de sospechar de otra persona que no sea la señora Blaine. Por ello necesité traerla aquí. Sabía que con las marcas del picaporte no podríamos hacer nada y que cualquier abogado la sacaría. También imaginé que oleadas de periodistas se dejarían caer para fotografiarla y sacar el mayor partido de la situación. Mañana los diarios insertarán en su primera página lo referente a la señora Blaine con profusión de fotografías y el asesino leerá todo eso con mucha satisfacción. El capitán se quedó con la boca abierta.

—Condenación, Sullivan, ¿por qué no me tiene que explicar todas esas cosas?

—Lo siento, capitán, le hice una llamada, pero su teléfono no contestó.

—Bueno, me encontraba en casa de mi hermana. Nos reunimos allí un par de veces por semana para jugar una partida de póquer —el capitán estaba confuso—. Corriente, Ertie. Continúe el caso. Comprendo sus razones, pero eso no me librará de quebraderos de cabeza. Y si el comisionado me pide que le de una reprimenda, dela por recibida.

Sullivan sonrió.

—Gracias, capitán.

Coleman se rascó el cabello.

—Quizá sea mejor que me vaya a casa... Carson...

—A la orden, capitán.

—Destine uno de los muchachos para que atienda las llamadas de mi despacho. Diga que tuve que ir a...

Bueno, ¡adonde sea, infiernos!

El capitán salió de la estancia cerrando tras sí.

—Mis felicitaciones, teniente —dijo Carson—. Quiero saber todo lo referente a ese hombre de sesenta y cinco kilos que viajó hasta aquel callejón en un «Ford» modelo dos años atrás... A la faena, Carson.

CAPÍTULO VII

Paul Norton disco el número en el dial.

Cuando alcanzaron a la otra parte del auricular, oyó la voz de Margaret y se dio a conocer.

—¿Cómo ves las cosas esta mañana, Margaret?

—Mucho mejor, gracias.

—Lo celebro por ti, Margaret. Steel me comunicó que todo ha ido bien, pero no te quise molestar porque imaginé que querías descansar.

—Sólo lo conseguí gracias al doctor Fenn. Me recetó unas tabletas de barbitúrico.

Norton frunció los labios. No le gustaba aquello de que el doctor Fenn hubiese establecido contacto con Margaret. El doctor era un hombre apuesto, guapo, que se estaba abriendo camino a marchas forzadas en su profesión. Un par de veces había coincidido con él en casa de Margaret con motivo de alguna fiesta y también había visto bailar a Margaret con el doctor. Parecían simpatizar mucho. Ése era el rival que debía tener en cuenta.

—Paul, el funeral se celebrará mañana a las diez.

—Si me lo permites, estaré a tu lado.

—Desde luego, Paul.

Norton dio un suspiro de alivio. Había esperado que ella dijese que el doctor se le había ofrecido para ocupar aquel puesto.

—Paul, he estado pensando mucho en lo de Mel. —Yo también. Es increíble que él te pudiese hacer una cosa así.

—No me refería a eso, sino a su muerte y a la de Belinda Young. ¿Quién los mató, Paul?

Norton se pasó la lengua por los labios. Él también se había hecho la pregunta, pero siempre llegó a una conclusión: había sido

Hubert. No podía existir otro. Si, recordaba perfectamente las palabras de Hubert antes de morir. La rubia había matado a Blaine y luego se había pegado un tiro. Pero cada vez estaba más convencido de que Hubert había querido vengarse de él metiéndole la duda en el cuerpo. Pero él, Paul, había reconstruido la escena que se debió desarrollar en el apartamento. Haber se debió ver en un apuro para llevar a cabo su misión. La rubia lo debió sorprender y atrapó una pistola. Hubert luchó con ella, se le debió caer el pañuelo y Belinda le vio la cara. Por eso había cometido el doble crimen y viose obligado a montar aquel tinglado, aunque el bueno de Hubert no podía tener en cuenta que la linda amiga de Mel Blaine era zurda.

—Lo ignoro, Margaret —repuso—, pero la policía dará con él, no te preocupes.

—Ojalá lo solucionen pronto.

—¿Quieres que vaya a verte esta tarde?

—Perdona, Paul, pero en las actuales circunstancias prefiero estar sola.

Norton soltó una imprecación para sus adentros.

Estaba seguro de que Margaret no amaba a su marido. Quizá se enamoró de él en un principio pero, luego, el propio Mel se encargó de decepcionarla. No, ella no podía estar triste porque su marido hubiese muerto. Al fin y al cabo, ahora no tendría que soportarle y, por añadidura, se había convertido en una de las mujeres más ricas del país.

—Como quieras, Margaret.

—Gracias por tu amabilidad, Paul, pero tú comprenderás...

—Claro que sí. Lo comprendo todo...

Cuando hubo colgado, Paul Norton quedó pensativo. Llamaron a la puerta. Era su secretaria Lauren, quien cerró tras sí.

—Señor Norton, ahí fuera está el teniente Sullivan, de Homicidios. Ha venido para hablar con usted.

Norton hizo un gesto afirmativo.

—Está bien. Dígale que pase.

Sullivan entró en el despacho con el sombrero en la mano.

—Le felicito por la rapidez con que logró que Marcus Steel se hiciese cargo del asunto, señor Norton.

—¿Sólo ha venido para felicitarme, teniente?

—No.

—¿En qué puedo serle útil?

—He venido en busca de un hombre.

Paul sintió un escalofrío.

¿Un hombre...? ¿Quiere decir que trabaja en la Blaine Company?

—Sí.

¿A quién se refiere?

—A Joseph Hubert.

Norton quedó rígido en el sillón.

—No le comprendo, teniente. ¿Qué pasa con Hubert?

—Anoche fue al apartamento de Belinda Young.

—¿También él?

—Sí, también él, señor Norton. Y no fue allí precisamente para pedir un aumento de sueldo a su patrón, el señor Blaine.

Norton estaba asombrado. ¿Cómo podía el teniente Sullivan haber dado con la pista de Hubert?

—Perdone, teniente, pero me gustaría que me explicase esa historia relacionada con nuestro jefe de almacén.

—Hágale llamar y lo sabrá todo a través de la conversación que él y yo sostengamos.

—Lo siento, teniente, pero Hubert no ha venido hoy al almacén.

—¿No? ¿Está disfrutando de sus vacaciones?

—No, teniente Hubert ya las disfrutó.

—¿Quizá se encuentra enfermo en casa?

—No lo sé.

¿No ha tomado ninguna medida para saber por qué no ha venido hoy?

—Desde luego. Ordené que hiciesen una llamada a su apartamento. Pero el teléfono no contestaba.

¿Faltó ayer el señor Hubert al trabajo?

—No, teniente.

—Quisiera que me dijese todo lo que sepa acerca de él. —Hubert comenzó a trabajar con nosotros hace seis años. Acudió respondiendo a un anuncio que publicamos en los diarios solicitando personal. Entró como empleado en nuestro almacén de drogas. A través del tiempo, Hubert se granjeó la simpatía y la confianza de sus jefes, especialmente la mía. Hace

aproximadamente dos años murió nuestro jefe de almacén en un accidente y decidí que Hubert ocupase la vacante.

—¿Alguna queja de él?

—Ninguna en absoluto. Le daré la dirección para que usted mismo compruebe si está en su apartamento.

—No es necesario, Norton. Ya lo comprobamos.

—¿Qué dice, teniente?

—Fui a su casa antes de venir aquí.

¿Por qué, si debió suponer que estaría trabajando en la fábrica?

—Hace cosa de una hora uno de mis hombres llamó al almacén preguntando por Hubert. Se hizo pasar por un amigo suyo y allí le dijeron que no se había presentado esta mañana para realizar su trabajo.

Norton se levantó de un salto.

—Teniente, sus procedimientos no me gustan nada en absoluto.

—Lo siento, señor Norton, pero a veces uno se ve obligado a hacer cosas que no gustan a nadie. —Apuesto a que allanó el apartamento de Hubert—. Nadie podría probar eso, señor Norton. Ni usted mismo. Pero le diré que entramos efectivamente en su apartamento. No lo encontramos a él, pero sí hallamos una cosa muy importante.

—¿El qué?

—Muestras de un polvo blanco en unos cuantos tubos encerrados en un estuche. Nuestro técnico analizó aquel polvito y nos dio su informe. Los tubos habían contenido droga.

Norton se pasó una mano por la cabeza.

—Todo eso que usted me cuenta me parece la mar de absurdo, teniente. Trata de sugerir que nuestro jefe de almacén estaba robando.

—Imagino que no le será difícil realizar una comprobación.

—Muy bien. La haré y en cuanto tenga el informe se lo pasaré.

—Preferiría que lo comprobase ahora mismo. Si Joseph Hubert es el hombre que yo necesito atrapar, dadas las circunstancias de que no conocemos actualmente su paradero, debo darme mucha prisa.

Norton cabeceó.

—Sí, teniente. Le comprendo. ¿Me espera aquí?

—Desde luego.

Sullivan quedó solo en la estancia. Ocupó el sillón de cuero y encendió un cigarrillo.

Paul Norton estuvo ausente veinte minutos. Cuando regresó al despacho lo hizo muy excitado.

—Señor Sullivan, es inverosímil.

—¿Qué ha descubierto, Norton?

—Sus sospechas eran fundadas. Naturalmente, no hemos podido hacer un cálculo exacto, pero hay una gran merma en el *stock* de drogas... Parece que todo apunta a Hubert. Los libros de registro los llevaba él y en ellos todo está en orden. Pero las existencias del almacén no responden a las cantidades señaladas —se apretó el puente de la nariz—. Es un tremendo golpe para mí. Como le dije antes, fui yo quien destinó a Hubert a ese puesto.

El teniente se puso en pie.

—Sien, Norton, quiero que me de un informe por escrito. Le ruego lo envíe a la comisaría antes de mediodía.

—Cuenta con ello, teniente.

Sullivan se puso en pie.

—Usted se preguntará cómo hemos dado con la pista de Hubert. Es la mar de sencillo. Dejó huellas de sus pies y de su coche en la parte trasera del edificio de la calle del Rey. Destiné una docena de muchachos para que investigasen acerca de los zapatos y el coche. Pudimos saber el nombre del fabricante de calzado. En fin, señor Norton, imagino que no querrá que le cuente todo lo relacionado con las andanzas de los hombres que están a mis órdenes. Algunos de ellos se encuentran ahora con los pies metidos en agua caliente porque tuvieron que moverse muy aprisa. El final de todo fue que conseguimos una buena lista de tipos, que confronté con la que yo había pedido del personal de esta fábrica.

—Ya entiendo, le sacó la lista al sindicato.

—Justo, señor Norton. No quería molestarle por tan poca cosa. Al relacionar las listas vimos que se repetía un nombre, el de Joseph Hubert, y decidí que empezásemos por él. Resultó fácil averiguar lo del «Ford» que compró hace dos años a un vendedor de la calle Laurel.

—Tal como están las cosas, usted cree que Hubert mató a Blaine y a esa amiga suya, Belinda Young. —Digamos que es nuestro principal sospechoso, señor Norton. Pero el resto lo dirá el propio

señor Hubert cuando hayamos dado con él.

—Confío en que sea pronto.

Sullivan abrió la puerta.

—No se olvide de su informe respecto a las pérdidas de su almacén.

—Descuide, teniente, lo tendrá en breve plazo.

El teniente le dio las gracias y salió del despacho. Cuando Norton quedó a solas, sintió que la ira le invadía. El teniente Sullivan le había sacado de quicio, aunque debía admitir que era un hombre inteligente. Le habían bastado unas cuantas horas para descubrir todo lo de Hubert.

Pero habla algo que no descubriría Sullivan: al propio Hubert.

En cuanto al coche «Ford», tomó sus precauciones. Le había arrojado por un precipicio poco después que enterró a su jefe de almacén. Era imposible que nadie descubriese el coche en el fondo de aquel barranco situado en el monte, dos millas al noroeste de su cabaña. Podía estar tranquilo.

El teniente Sullivan ya había hecho todo su trabajo, llegando hasta un muro donde se estrellaría las narices.

CAPÍTULO VIII

Margaret no había comido porque no sentía apetito. Encontrábase muy sola y ahora se arrepintió de no haber aceptado la invitación de Norton. Bueno, ¿por qué no se vestía y se marchaba de aquella casa? La atmósfera allí era tensa. Sus nervios estaban rotos.

Necesitaba oír voces, risas...

Fue a su dormitorio y empezó a cambiarse. El teléfono se puso a sonar, sorprendiéndola en combinación.

—¿Sí? —dijo por el micro.

—Mi más sentido pésame, señora Blaine.

—Gracias. Es usted muy amable. ¿Con quién hablo? —Usted no me conoce, Margaret. Yo era un amigo de su esposo... y ahora me gustaría serlo de usted.

A Margaret no le gustaron aquellas palabras y tampoco el tono con que se expresaba el desconocido.

—¿Cuándo es el funeral, señora Blaine?

No quiso decírselo.

—Se informará por la Prensa —contestó, aunque eso no era cierto porque no pensaba dar ninguna publicidad al acto.

—Preferiría que me lo dijese usted... personalmente. —Oiga, creo que para ser el amigo de un hombre muerto y estar hablando con su esposa, utiliza un vocabulario muy impertinente. Adiós—. No cuelgue, señora Blaine. Todavía no he terminado.

—¿Qué nueva grosería piensa agregar? —repuso Margaret con aire irritado.

—La estoy esperando en un restaurante, justo en una mesa sumergida en la penumbra... No hay nadie a mi alrededor. Seguro que se encontrará muy bien aquí.

—Oiga, usted debe estar loco.

—No, señora Blaine, no lo estoy. Todo lo contrario. Soy un hombre muy cuerdo y por ello he decidido pedirle un consejo.

—No sé de qué me habla.

—Le quiero preguntar si debo, ir a la policía para informarles de ciertas cosas con respecto a la señora Blaine, Margaret Blaine.

—¿Qué cosas? —Margaret sintió los labios resecos—. Sigo pensando que no sabe lo que dice.

—Muy bien, señora Blaine. Si usted decide eso, no tengo ningún inconveniente en llegarme hasta el despacho del teniente Ertie Sullivan y descargar mi conciencia... Casualmente, creo que es el encargado de investigar la muerte de su esposo. ¿Me equivoco, señora Blaine? —No, no se equivoca.

—Me encuentro en el restaurante de Paddy O'Malley, en el número 64 de la calle Liberty, en Chinatown. La esperaré una hora, señora Blaine. Si transcurridos sesenta minutos usted no ha aparecido por aquí, ya sabe lo que haré.

—No iré.

—Por si cambiase de idea, estoy en la mesa del rincón del fondo, en el piso alto. Hay que subir una pequeña escalera... ¿Sabe una cosa? Invertí cinco dólares en conseguir que los mozos no trajesen ningún cliente por este lado. Cinco dólares, señora Blaine. ¿Y sabe cuánto tengo en el bolsillo ahora? No llega a los tres pavos. Imagínese. Es un sacrificio que he hecho por usted, señora Blaine... ¿No me lo va a agradecer? Hasta luego, señora Blaine.

Se interrumpió la comunicación, pero Margaret quedó un rato con el teléfono junto a la cara. Luego lo bajó lentamente apretándolo contra su pecho. ¿Quién era aquel hombre? ¿Quién? No, no le parecía la voz del hombre que le hizo la llamada anónima para advertirle que su marido la engañaba con otra mujer. La había escuchado dos veces. La voz del primer hombre era ronca y la de éste tenía otras inflexiones.

Terminó de vestirse y bajó la escalera.

Encontró a Whipple en el vestíbulo.

—Voy a salir un rato, Whipple. Necesito tomar un poco el aire. Si llamase alguien, dígame que me retiré a mi habitación con una fuerte jaqueca.

—Sí, señora Blaine.

Minutos más tarde, Margaret corría en el «Cadillac» que Mel le había regalado por su último cumpleaños. Siguió la dirección contraria a Chinatown. Poco después hallábase en un bar que tenía unas mesas al aire libre, sobre una terraza que miraba al mar. No había nadie porque el cielo estaba grisáceo, amenazando lluvia.

Las olas rompían sobre las rocas. Bandadas de gaviotas sobrevolaban la orilla lanzando gritos.

Bebió un trago de *whisky* que había pedido al mozo. Instintivamente miró el reloj. Faltaban veinticinco minutos para que expirase el plazo que el desconocido le había concedido.

Obedeciendo a un impulso súbito, pagó la consumición y se marchó de allí.

Corrió a velocidad superior a la autorizada en su camino a Chinatown.

La calle Liberty era muy angosta. Tuvo que aparcar el coche en una antigua plaza que se conservaba tal como había sido en los tiempos de la conquista. Alzábase una cruz en el centro y, bajo ella, una pequeña estatua de Fray Junípero Serra.

Echó a andar rápidamente por la acera.

Un marinero que salía de un bar se le echó encima y la tomó de un brazo mientras reía.

—Nena, tienes una cara muy seria, yo te divertiré.

Margaret dio un tirón fuerte y se alejó del marinero, que desistió de seguirla soltando una risotada.

Entró en el local de O'Malley.

A la izquierda vio un largo mostrador con tres ventanillas que comunicaban con la cocina. Al fondo había mesas, algunas de las cuales se hallaban ocupadas por gente de sucio aspecto.

Al fondo estaba la escalera que conducía al lugar que había señalado su anónimo comunicante.

El hombre que había tras el mostrador se cubría con una camisa floreada. Era de cara ancha, nariz chata y ojos muy pequeños.

—¿Busca a alguien, señora?

—Ya conozco el camino, gracias —repuso Margaret y se dirigió con paso resuelto hacia la escalera. Alguno de los hombres que estaban comiendo volvieron la cabeza al oír el fuerte taconeo.

Un cliente lanzó un silbido mientras la joven subía el tramo de

escalones.

Arriba vio al hombre en la mesa del rincón. Estaba bebiendo una taza de café, y delante había un paquete de cigarrillos y una caja de fósforos.

El hombre alzó los ojos al verla aproximarse. Sus labios sonrieron.

No, ella no le había visto en su vida. Observó atentamente su rostro. Podía frisar en los cuarenta años. Su cabello era del color de la arena mojada y sus ojos duros como el pedernal, la nariz aguileña y el mentón alargado. Su camisa blanca estaba raída por el cuello.

Sobre una silla vio una gabardina ajada y sucia. —No le gusto, ¿verdad, señora Blaine?— dijo él sin levantarse de la silla.

La joven se había detenido a un paso de la mesa.

—¿Qué quiere?

—No tan deprisa, amiga mía.

—No soy su amiga.

—Muy bien, señora Blaine, siéntese ahí.

—Ya me estoy arrepintiendo de haber venido. —Demostraré que hizo lo mejor. ¿Sabe que ya me estaba impacientando? Un minuto más y habría acudido a la cabina telefónica para hacer la llamada a la policía, ya sabe, al teniente Sullivan.

—No le tengo ningún miedo. Puede llamar cuando quiera.

—Es usted muy valiente, señora Blaine, pero no lo será tanto cuando haya terminado de hablar con usted. —Usted y yo no vamos a hablar nada— la joven dio media vuelta y empezó a alejarse de la mesa.

—Es el segundo hombre que liquida en su vida, señora Blaine. Yo sé quién fue el primero: Ray Graven. Margaret se detuvo bruscamente, bajo la impresión de que por su cuerpo pasaba una corriente de alto voltaje.

Se volvió poco a poco.

Aquel odioso hombre la miró sonriente.

—¿Qué le pasa? ¿No se encuentra bien?

—Estoy perfectamente.

—No tiene sangre en las mejillas... Sí, toda su cara está pálida...

La joven regresó a la mesa, en silencio y ocupó la silla frente a la de él.

—¿Quién es usted?

—Muy bien, señora Blaine. Eso me gusta mucho más.

—¿Quién es usted? —repitió ella.

—Francis Ward.

¿Qué quiere, señor Ward?

—Esos papelitos que emite la tesorería de Estados Unidos. Son maravillosos, señora Blaine, y yo me encuentro en una situación muy lamentable.

—¿Por qué he de darle dinero?

Ward tomó el paquete de cigarrillos y, sonriendo, se lo alargó a la joven.

—Gracias, no fumo.

—Claro que fuma, pero no quiere nada que venga de mí, ¿verdad? Soy un indeseable. Es eso lo que piensa. Ella no dijo nada y Ward encendió un cigarrillo y mantuvo el fósforo encendido, los ojos fijos en la llama.

—Usted ya sabe por qué me tiene que dar dinero, señora Blaine.

—No, no lo sé.

—Quiere que se lo diga, ¿eh? Muy bien. Le nombré antes a una persona, a Ray Craven.

¿Qué pasa con Ray Craven?

Ward dejó caer el fósforo cuando le iba a quemar los dedos.

—Usted le mató, señora Blaine.

—No.

—Claro que sí, usted le liquidó, como ahora ha liquidado a su esposo.

—¡Es un miserable! ¡No he matado a nadie!

El hombre rió suavemente.

—Le puedo explicar cómo lo hizo, señora Blaine, ¿lo recuerda? Le refrescaré la memoria si es que lo ha olvidado...

Ward guardó silencio.

—Año 1957. Lugar de la acción, Nueva York.

Escenario, el piso 26 de un rascacielos en Riverside Drive... Hora, las diez de la noche. En la cama yace un enfermo. Es Ray Craven, un hombre de unos veintisiete años. Profesión, compositor de música moderna... Ha logrado algunos éxitos. El amigo Craven gasta mucho dinero, hasta el punto de que ahora le queda muy poco. Pero él no necesita un solo dólar porque se va a morir. Los doctores le han diagnosticado un cáncer de pulmón. El está

enamorado de una mujer. Su nombre, Joan Sterling... Ray Craven quería casarse con ella. Se hizo una póliza de vida y nombró beneficiaria a su prometida. Ray Craven no ha dicho a su prometida qué clase de enfermedad padece. Por el contrario, le ha quitado importancia. Dice que muy pronto saldrá de allí y podrán casarse. Ella le cree. Pero la joven Joan Sterling no quiere a su prometido y está enterada de lo de la póliza. Por su mente ha cruzado un magnífico plan. Le dice a su prometido que se asome a la ventana, está lloviendo, es una hermosa vista. Ray Craven cae en la trampa, se asomó a la ventana y de pronto Joan Sterling, por detrás de él, le empuja. Ray Craven se desploma en el vacío. Lanza un alarido y se estrella contra el pavimento de la calle.

—¡No! ¡Está mintiendo! ¡Yo no hice eso! ¡No lo hice! —Cuidado, señora Blaine. La podrían oír a pesar de mis precauciones.

—Es usted un canalla. Yo no maté a Ray. Se suicidó.

Él se arrojó por la ventana.

—Usted estaba en la habitación.

—Sí. Me dijo que fuese al cuarto de baño para traerle agua. Fui allí y, al regresar, vi que estaba a punto de tirarse por la ventana. No pude gritar y cuando lo hice ya era demasiado tarde. Ray se había arrojado por el hueco... Fue él, ¿lo oye? Fue él —la joven hundió la cabeza en las manos y se puso a sollozar.

Ward dio una chupada al cigarrillo.

—No debe preocuparse, señora Blaine. La policía la creyó a usted y también la compañía de Seguros. Al fin y al cabo, a Ray sólo le quedaban un par de semanas de vida. Por eso el coroner estableció que Ray Craven se había quitado la vida en un momento de ofuscación y usted pudo cobrar los siete mil dólares de la póliza.

Margaret alzó la cara.

—Usted no me puede hacer ningún daño. ¿Cómo he sido tan tonta? —sonrió con las mejillas surcadas por las lágrimas—. Sólo ha querido hacer un chantaje sin ningún fundamento. Usted me ha reconocido y está enterado de lo que ocurrió en Nueva York con Ray. Ahora el asesinato de mi esposo le ha hecho pensar que podría sacar dinero...

—Sí, señora Blaine. Justamente pensé eso, que podría sacarle dinero porque usted es una mujer con muchos millones después que su marido ha sido enviado al otro mundo por alguien que le metió

dos balas en el pecho. Y también he leído en el diario que usted estuvo en el apartamento donde el magnífico señor Blaine se entrevistaba con su amiguita.

—Sólo dice cosas horribles. Pero es propio de usted, porque su cerebro está lleno de ponzoña.

—Voy a poner mis naipes boca arriba, señora Blaine.

—Ya los puso, señor Ward, y no gana.

—Yo vi cómo mataba a Ray Craven.

—No pudo verlo porque nunca le maté. Además, en la habitación sólo estábamos Ray y yo.

—¿No recuerda que había un edificio enfrente...? Haga un poco de memoria, colóquese en la ventana por donde cayó Ray, y, en lugar de mirar hacia abajo, mire al frente.

Margaret sintió un escalofrío al recordar la casa que había al otro lado del hospital.

—Usted le empujó —dijo Francis Ward—. Yo lo vi. —Falso. Me acerqué a la ventana después que cayó Ray.

—No, usted ya estaba allí porque le empujó.

—Es absolutamente falso.

—El teniente Sullivan juzgará.

—El teniente Sullivan no tiene ninguna jurisdicción sobre aquel caso. Usted lo dijo antes. El coroner estableció que Ray Craven se había suicidado. La compañía de Seguros pagó la póliza.

—El coroner adoptó su decisión lo mismo que la compañía de Seguros sin contar con mi declaración, señora Blaine.

Suponiendo que usted tuviese razón, ¿por qué no se presentó?

—Me iban muy bien las cosas entonces, señora Blaine. Tenía montado un negocio en aquel apartamento situado enfrente de la habitación que ocupaba Ray Craven...

Sí, aquel garito rendía mucho. No me convenían complicaciones con la policía. Hubiese tenido que establecer mi identidad. ¿Cree que iba a permitir que los polis se llegasen a mis habitaciones para que hiciesen la comprobación de que yo pude ver cómo usted mataba a Craven? No, señora Blaine, no podía hacer tal cosa porque todo mi negocio Se habría venido abajo y yo sacaba buenos beneficios. Seguí el curso de la información a través de la Prensa porque tuve miedo a que los policías investigasen. Si se hubiesen dado cuenta de la ubicación de mi apartamento, habrían podido

molestarme. Sinceramente, di un respiro cuando disiparon toda duda acerca de usted. La decisión del coroner nos benefició a los dos. Usted cobró sus siete mil dólares y yo continué con mi garito.

Ward aplastó la punta del cigarrillo en el cenicero.

Tomó la taza de café y bebió un trago.

—Si señora Blaine, las cosas me marchaban estupendamente entonces. Pero ya sabe lo que pasa en todos los negocios. Hay tiempos de vacas gordas, pero luego vienen las flacas. Un bastardo me la jugó y tuve que hacer frente a una acusación por juego ilegal. Era reincidente, de modo que me impusieron dos años. Salí la semana pasada. En la cárcel pensé muchas cosas el día en que cayó en mis manos una revista en donde aparecía mi antigua conocida la señorita Joan Sterling, perdón, la señora Margaret Blaine. Le produjo una gran alegría saber que usted había prosperado. De asesina se había convertido en esposa de un millonario.

Qué gran carrera.

Margaret apretó los menudos dientes hasta hacerlos rechinar.

—Es usted el peor canalla que he conocido.

—En la cárcel tracé mi plan. Vendría aquí a California y hablaría con usted. Mi intención sólo era solicitarle un pequeño préstamo. Con él podría iniciar cualquier negocio. Me dirigí hacia acá y llegué hace tres días. Pero el clima de California me sentó mal. Alquilé un cuchitril en cierto hotelucho de esta misma barriada y allí he estado con fiebre durante este tiempo. Pero, lo que son las cosas, esa enfermedad me ha servido de mucho porque, mientras tanto, usted ha vuelto a repetir el número que con tanto éxito estrenó en Nueva York. Aunque esta vez ha variado el sistema. En lugar del empujón, la pistola.

Margaret fue a protestar, pero sacudió la cabeza diciéndose que era inútil tratase de convencer a aquel hombre.

—Sé cuánto me odia, señora Blaine, lo comprendo, soy un tipo muy comprensivo. ¿Por qué no lo es usted también? No podría gastar su dinero en toda su vida porque esta vez no fueron siete mil dólares los que sacó de su negocio. Bueno, Joan, creo que con diez mil tendría bastante.

No va a recibir un centavo.

¿Es ésa su actitud...? Vamos, Joan, ¿quiere quedarse sin los millones? Suponiendo que saliese con bien de mi acusación con

respecto a Ray Craven, estoy seguro de que el señor Blaine tendrá algunos familiares que pedirán la anulación del testamento. Ya puede estar segura de que, en ese caso, usted no cobraría una sola moneda de esa fabulosa herencia. ¿Qué son diez mil dólares para usted en su papel de encantadora viuda?

—¿Cómo sé que no volverá a pedirme más?

—Bravo, empieza a entrar en razón.

—Le he hecho una pregunta. Conteste.

—Con diez mil dólares tengo bastante para largarme a Chicago.

En la cárcel conocí a un tipo que salió antes que yo. Me aseguró que allí había grandes posibilidades para los dos. Abriré un garito. Le daré mi dirección por si algún día se llega a Chicago. —No, señor Ward, no iré a Chicago; pero si fuese ya puede estar seguro de que no le vería a usted—. Como quiera, Joan. Ha de entregarme los diez mil dólares mañana.

—Mañana se celebra el funeral de mi marido. No tengo efectivo en casa.

—¿Cuánto tiene?

—Unos cuatro mil.

—Bueno, el resto lo puede sacar empeñando algunas joyas y, luego, cuando tenga dinero, las vuelve a desempeñar. Quiero el dinero mañana. He de salir para Chicago. Hablé con mi amigo por teléfono y me dijo que era necesaria mi presencia allí.

—Está bien, señor Ward. ¿Adónde he de llevarle el dinero?

—Hotel Argos. Calle Balboa, número 224. La estaré esperando.

La joven se levantó.

—No crea que le pago porque acepto su versión de los hechos. No maté a Ray Craven, ni tampoco a mi esposo. Pero ha alegado buenas razones para obligarme a reunir esos diez mil dólares. No quiero quedarme sin la herencia. Tengo derecho a ella puesto que era la esposa de Blaine.

—No me importan sus razones, señora Blaine. Tráigame los diez mil y usted me merecerá mi consideración más distinguida.

La joven dio media vuelta y bajó la escalera.

Veinte minutos más tarde detenía el coche en la playa de estacionamiento cercana a un edificio de doce plantas.

Subió en el ascensor y después de abandonarlo recorrió un ancho corredor que la condujo hasta la puerta señalada con el

número 17.

Pulsó el timbre.

La puerta le fue abierta por un hombre que frisaba en los treinta años y era alto, de cabello negro, cara de rasgos firmes.

Margaret pasó por su lado entrando en un vestíbulo. El cerró la puerta y dijo volviéndose:

—¿Por qué has venido? Te dije que era peligroso. —Ha surgido algo inesperado, Jeff— contestó Margaret.

CAPÍTULO IX

El teniente Sullivan empujó la puerta del negocio sobre cuya fachada se leía: «Luigi Martino. Pescadería italiana».

Acercóse cautelosamente a la muchacha morena que estaba barriendo el piso y, al llegar tras ella, la rodeó por el talle atrayéndola contra sí y la besó en el cuello.

La joven dio un grito sobresaltada y giró la cabeza.

—¡Ertie!

Sullivan rió.

—¿Cómo está mi cenicienta?

—No soy una cenicienta. Trabajo porque quiero ganarme la existencia.

—Vosotros, los italianos, siempre decís lo mismo.

Siempre estáis trabajando para ganaros el sustento.

¿Crees que no conozco la cuenta bancaria de tu padre?

Tiene lo menos veinte mil dólares.

De pronto llegó una voz por junto al mostrador, ahora limpio, y en el que se expendía por la mañana el pescado.

—Y por eso se quiere llevar a mi Giovanna, ¿eh, poli? Pues está completamente equivocado.

Un hombre salió por detrás del mostrador. Era de talla mediana, grueso abdomen y rostro provisto de largas patillas.

—Papá —dijo la joven—, se trata de una broma... Ya sabes que Ertie no es un hombre interesado.

—No, ¿eh? —dijo Martino y cruzó los brazos sobre la camiseta con que cubría el torso—. Ya lo has oído. Ha estado investigando nuestra fortuna.

—Señor Martino, tengo el honor de pedirle la mano de su hija.

—Quizá cambie de opinión cuando sepa que no voy a darle nada

en dote.

—Bueno, me conformaré con un par de merluzas. ¿Entra en el trato?

—No.

—Pero, papá...

—Hija mía, te lo he dicho muchas veces. No serás la esposa de un policía..., al menos mientras yo esté vivo. Pero con los disgustos que tú me das, Giovanna, pronto estaré en la tumba, y entonces podrás manchar el nombre de nuestra familia...

—Papá, Ertie es un policía honrado...

—¿Honrado...? Lo dudo mucho. ¿Te lo he contado alguna vez? Cuando la Ley Seca yo veía cómo mi padre se ganaba la vida fabricando *whisky*. ¿Y sabes lo que tenía que hacer? Pagar a los polis de la barriada. Ellos se llevaban la parte del león y mi padre siempre trabajando. Yo veía cómo le chorreaba el sudor por la cara mientras los polis que pagaba paseaban por la calle y le echaban el ojo a nuestras mujeres...

—Luigi —dijo Ertie sin perder la sonrisa—, ¿sabe que han pasado ya treinta años desde aquello? —El mundo sigue siendo el mismo. No trates de convencerme de que ha cambiado... Hemos terminado.

No hay novia. ¿Lo oyes...? Búscate una de esas muchachas fáciles con las que acostumbras a platicar en tu comisaría... Y otra cosa... Cuanto menos entres aquí será mejor porque apenas entras, el aire huele de otra forma.

Ertie aspiró profundamente el fuerte olor a pescado. Al principio le había costado mucho trabajo entrar allí para hablar con Giovanna, pero luego se fue acostumbrando.

Luigi dio media vuelta con aire digno y se marchó al interior del negocio. Pero antes de desaparecer se volvió apuntando con el dedo a los jóvenes.

—Nada de amor, ¿lo oís...? Y si estás en tu juicio, Giovanna, lo despacharás para siempre... Es un consejo de tu padre, que tiene un pie en la tumba... Cuando hubo desaparecido, Giovanna se volvió hacia Sullivan.

—¿Estará tan mal, Ertie?

—¿Tu padre? No digas tonterías. Bebe vodka como un cosaco y lo he visto unas cuantas veces en el establecimiento de Mary

gastando bromas a las muchachas.

—Oh, Ertie, papá no ha ido con otra mujer desde que murió mi madre.

—Giovanna, tu madre murió cuando tenías cuatro años y tu padre es un hombre.

—No consiento que dudes de su honorabilidad. Ertie se pasó una mano por el cabello. Decididamente no estaba en su racha de suerte. Primero, aquel doble asesinato erizado de dificultades y ahora, por añadidura, Giovanna, la mujer que quería convertir en su esposa, también se le ponía en contra.

Giovanna le volvió la espalda y continuó barriendo. Sullivan sacó un cigarrillo y lo encendió nerviosamente.

—Tu padre es Una bellísima persona, Giovanna, lo cual no quita para que hiciese cosas que no están de acuerdo con la ley.

—¿Qué estás diciendo, Ertie?

Sullivan sintió deseos de morderse la lengua. Aquel doble crimen le había desquiciado.

—Nada, no tiene importancia.

—Te exijo que lo expliques.

—Te digo que no es nada. Sólo ha sido una ocurrencia mía.

Conforme hablaba, Ertie se hacía más lío. Era algo que no podía explicar. Sabía entendérselas con toda clase de delincuentes, con hombres respetables y damas de la más alta alcurnia. A todos les llevaba ventaja en los interrogatorios de su profesión, pero con Giovanna no tenía nada que hacer. Quizá fuese eso cosa del amor. Giovanna avanzó hacia él esgrimiendo la escoba como si fuese a descargarla sobre su cabeza.

—Vamos, polizonte, estoy esperando que hables. Ertie trató de sonreír. Estaba hermosa Giovanna con sus hermosos ojos negros centelleantes, los labios entreabiertos, mostrando los menudos dientes, los senos turbulentos.

—Cariño, ¿por qué hemos de pelear?

—Déjate de cariño. Has dicho que mi padre hacía cosas contrarias a la ley. ¿Qué cosas?

—Está bien —repuso Sullivan irritado—. No fue culpa suya. Era muy joven entonces... Trabajó con los contrabandistas. Pero todo eso ha prescrito. Además, conociendo a tu padre, estoy seguro de que él no se daba cuenta de que estaba delinquiendo al ayudar a la

fabricación de *whisky*.

—Señor Sullivan, le ruego que se marche.

—¿Eh?

—Espero tener la satisfacción de no verle más la cara.

—Giovanna, si me marchó por esa puerta no volveré.

—Puede marcharse cuando quiera, señor Sullivan.

Será para mí una satisfacción perderle de vista. Sullivan se sentía poseído por una gran rabia interior, pero no era aquél el momento para descargarla. Giró bruscamente y se dirigió con paso rápido hacia la puerta.

—Tú te lo has buscado.

Salió dando un portazo.

Cuando entró en la comisaría, contestó con un gruñido al saludo que le hizo el telefonista.

Su hombre de confianza, Carson, le hizo una señal con la mano.

—Hay novedades, teniente.

—¿Qué pasa?

—Dos vagabundos encontraron un coche en un barranco cerca del lago Waynard. La policía de allá intervino temiendo un accidente. Pero cuando descendieron al barranco se encontraron con que no había ningún muerto. El coche estaba solo. ¿Ya que no sabe cuál es?

—El «Ford» de Hubert. Es una adivinanza muy sencilla, ¿verdad, Carson?

Carson hizo una mueca.

—Sí, señor.

Sullivan se quedó pensativo.

—Lago Waynard... Por allí tiene Norton la cabaña, donde practica su deporte favorito de la pesca...

Vamos, Carson, llame al laboratorio y que nos envíen a un par de tipos con los maletines dispuestos para hacer comprobaciones sobre el terreno.

Cuando llegaron a la cabaña, Ertie puso en juego una llave maestra para abrir la puerta.

Los cuatro policías pasaron al interior y mientras el teniente y Carson se ocupaban de echar un vistazo a la estancia, los dos técnicos del laboratorio se pusieron a la faena.

El teniente y Carson no encontraron nada de particular y se

dirigieron a la cochera. La abrieron también gracias a la llave maestra. En el interior no había ningún vehículo, pero al fondo había unas cuantas cosas, entre ellas un pico y una pala que habían sido recientemente utilizadas pues conservaban restos de tierra.

—Eh, teniente —oyeron la voz de Gordon Jaret, uno de los técnicos del laboratorio.

El teniente y Carson fueron a la cabaña y Gordon dijo:

—Teniente, aquí fue herido o muerto un hombre —estaba señalando un trozo del suelo cercano a la puerta—. Lavaron bien el piso, pero no pudieron acabar con los restos de sangre.

—Mark —dijo Sullivan al otro técnico—, salga fuera y trate de encontrar huellas de ese condenado «Ford». Al cabo de cinco minutos Mark regresó a la cabaña.

—Acertó, jefe. El «Ford» de Hubert llegó hasta aquí. He descubierto sus huellas por el camino. Son las mismas que encontramos en el callejón.

—Bueno, muchachos —dijo Ertie—, tengo la seguridad de que Hubert está muerto y de que su asesino se ocupó de enterrarle. No creo que lo hiciese muy lejos de la cabaña, de modo que vamos a encontrarle.

Antes de emprender aquel trabajo, Ertie ordenó que sacasen las huellas dactilares que existiesen en el mango del pico y la pala.

—No podemos utilizarlos para cavar si es que encontramos el sitio. Servirán de prueba contra el asesino.

Durante media hora estuvieron recorriendo los alrededores de la cabaña. Fue Carson el que tuvo más suerte.

Dio un silbido al descubrir el lugar en que la tierra parecía haber sido removida recientemente. Acudieron sus compañeros y Gordon se encargó de confirmar las sospechas de Carson.

—Sí, parece que está aquí.

Mark, el compañero de Gordon, se llegó a la casa y trajo su maletín, en el que había una azada de treinta centímetros de longitud.

Se turnó con Gordon para ir cavando. Finalmente el cadáver quedó al descubierto. Gordon le limpió la cara con un pañuelo.

—Hubert —dijo Sullivan después de verle.

—Tiene dos balas en el cuerpo, una en el vientre y otra en el pecho.

—Regístrale, Carson.

Carson se cubrió con guantes y le registró. Encontró una «Luger» con silenciador, aunque éste no estaba puesto.

—No ha sido disparada, jefe —anunció.

Cuando alzaron el cadáver encontraron debajo una pistola. Carson la tomó también y, después de examinarla, dijo:

—Está claro. Es con la que le mataron.

Carson se dedicó a sacar las huellas de aquella pistola y al poco dijo:

—Fue esgrimida por la misma mano que trabajó con el pico y la pala.

—La mano del señor Norton —dijo Ertie.

Carson dio un suspiro.

—Bueno, el asunto está solucionado.

—¿Tú crees, Carson?

—Las cosas ocurrieron así. Norton y Hubert se pusieron de acuerdo para acabar con Mel Blaine. Hubert debía ser la mano ejecutora. Conocía la debilidad de Mel por la rubia Belinda y Hubert se llegó a la casa a la hora y el día en que Mel debía estar allí. Acabó con ellos y luego se vino aquí para dar la noticia a Norton. Pero no se encontró con un cómplice dispuesto a felicitarle, sino con un asesino que le estaba esperando para retirarle de la circulación.

—Hay un fallo, Carson.

—¿A qué se refiere, teniente?

—Hubert llevaba una pistola con silenciador y, sin embargo, no la utilizó. Sí, ya sé que me vas a decir que fue sorprendido en el apartamento y entonces utilizó un arma que no era la suya, justo la pistola que Belinda Young esgrimía.

—Ahí lo tiene todo, teniente. Detenga a Norton y apuesto a que nos cuenta una bonita historia acerca de todo esto.

Ertie encendió un cigarrillo y, mientras arrojaba una bocanada de humo, dijo:

—No, Carson. No le voy a detener.

—¿Por qué no, teniente?

—Está claro que podríamos probar que él mató a Hubert. Pero Hubert iba armado y estoy seguro de que podría salirse con una legítima defensa. Tal como están las cosas, no podemos incriminar a

Norton del doble asesinato de Blaine y su rubia. En resumen, Norton podría salir bien librado de todo esto. Tendremos que seguir investigando.

CAPÍTULO X

Francis Ward estaba tendido en el lecho de su habitación, en el hotel Argos.

En su boca humeaba un cigarrillo.

Se había metido en un buen negocio, en el mejor de su vida.

Aquellos diez mil dólares serían los primeros, pero luego habría otras manadas.

Joan Sterling o Margaret Blaine iba a ser una buena proveedora. De eso estaba seguro.

De repente tuvo la sensación de que no se encontraba solo en la estancia. Se irguió bruscamente. Acababa de percibir una respiración en la oscuridad. Movi6 el brazo para introducir la mano en el almohad6n, donde guardaba la pistola; pero ese movimiento hizo gemir los muelles de la cama.

De pronto se encendi6 la luz y una voz dijo:

—Deje esa mano quieta, Francis.

Había un hombre a los pies de la cama, un tipo moreno, de unos treinta a6os. Su cara parecía tallada con un cincel. Con su mano derecha empuñaba una pistola.

¿Quién es usted?

—Adivínelo.

—¿Policía?

—Fri6.

—Bueno, no lo sé.

—Me envía una amiga suya. La cit6 usted aquí; pero a ella le resultaba imposible venir y me llegué yo en su nombre.

—Ya entiendo. ¿Trae el dinero?

—Sí.

—Muy bien. Démelo.

Jeff Robbins metió la mano en el bolsillo y sacó un billete de a dólar, que arrojó sobre la cama.

Francis miró el billete con ojos incrédulos.

—¿Es eso todo?

—Faltan nueve mil novecientos noventa y nueve, que cobrará en el infierno.

—Eh, oiga, no se ponga así...

—Siempre me han dado asco los chantajistas, Francis. —Pero ¿qué les pasa a ustedes dos? ¿Es que han perdido la cabeza...? No querrá matarme... Señal peligroso.

¿Por qué? Nadie me vio subir y tampoco me verán bajar.

—Le han visto subir y también le verán bajar. Si me mata, darán su descripción.

Robbins sacó algo del bolsillo y se lo puso en la nariz. Francis vio que aquella nariz había aumentado un tercio de su tamaño. Luego su visitante se puso unas gafas oscuras con montura de carey, se quitó el sombrero, que guardó en el bolsillo, y cubrióse con una gorra de visera baja.

—Tiene usted delante al hombre que ha visto el del registro y es el mismo que verá después. ¿Tengo algún parecido con el tipo de antes?

—¿Por qué entró aquí con su verdadera personalidad entonces?

—Quería que me viese con mi cara para que conservase el recuerdo durante el largo viaje que va a emprender.

Francis se mojó los labios con la lengua.

—Oiga, no hace falta que me mate.

—¿Por qué no, Francis? ¿Va a jurarme ahora que no molestará a la señora? ¿Va a jurarme también que se marchará y que no volverá a poner los pies en esta ciudad? —El hombre moreno sonrió—. No, Francis; si es eso lo que va a hacer no pierda su tiempo. Conozco bien a los chantajistas. Son unos condenados cobardes cuando corren el peligro de que les despellejen. Son capaces de jurar por su madre que no volverán a las andadas; pero luego los muy bastardos no tienen en cuenta sus promesas.

—Oiga, le falta saber una cosa; yo no soy un chantajista profesional. Este caso se me presentó inesperadamente. Lo mío es el juego. Se lo habrá dicho ella, la señora Blaine. Quería ese dinero para montar un garito en Chicago.

—No me repita lo que ya sé.

—No hace falta que me de los diez mil dólares. Me conformaré con menos... Deme un par de miles y mi memoria lo olvidará todo.

Su visitante rió entre dientes.

—Ya empezaron los juramentos, las promesas...

Francis se levantó de la cama.

—Oiga, compañero, estoy dispuesto a conformarme con menos...

—¿Menos de dos mil, Francis?

—Págume el viaje a Chicago y se acabó. Creo que me pongo en razón, ¿verdad?

—Aún me parece mucho. Una bala cuesta menos y rinde más.

Francis saltó sobre el hombre que se había llegado allí para matarle. Le pilló de sorpresa y logró atraparle la muñeca.

Los dos hombres perdieron el equilibrio y se derrumbaron en el suelo.

Francis pegó un rodillazo en el bajo vientre al hombre de la pistola, el cual lanzó un gemido de dolor. Los dos dieron vueltas por el suelo luchando por la posesión del arma.

El enviado de Margaret hundió los dedos en los ojos de Francis y éste se echó atrás para impedir que se los vaciase. Pero las uñas le arañaron la cara.

Vio ante sí la muerte. Un segundo más y el cañón le estaría apuntando al corazón.

Hizo un esfuerzo sobrehumano para detener la rotación del arma y lo consiguió.

La pistola permaneció un rato quieta apuntando a un lugar de la pared, por encima de la cabeza de Francis. Éste torció con todas sus fuerzas la muñeca de su rival y al fin éste tuvo que soltar el arma.

Entonces Francis tomó la cabeza del tipo por el cabello y se puso a golpearla contra el suelo.

Sintió cómo el cuerpo que tenía debajo se relajaba; pero siguió golpeando el cráneo contra el piso hasta que se dio cuenta de que ya no era necesario. Atrapó la pistola y la guardó en el bolsillo, poniéndose en pie. Miróse en el espejo. Por la mejilla le corrían dos hilillos de sangre. Se lavó la cara y, después de secarse, fue a la mesilla de noche y sacó un frasco de *whisky* del cajón.

Mientras bebía miró al hombre, que permanecía inmóvil.

—Malditos, yo os arreglaré a los dos —se acercó a Robbins y le pegó una patada en el riñón—. Vamos, despierta.

Pero su visitante no se movió.

Arrugó el entrecejo mientras se ponía en cuclillas. Le tomó el pulso, no encontrádoselo. Entonces le puso la mano sobre el corazón. La retiró poco a poco mirando al hombre moreno con una expresión estúpida.

El amigo de la señora Blaine estaba muerto.

* * *

Margaret marcó por tercera vez aquel número en el dial, pero tampoco obtuvo respuesta. Se encontraba en la biblioteca, a solas.

Cubríase con el vestido negro con que había asistido al funeral de su esposo. Había sido un acto muy emotivo; pero la nota discordante la dio la presencia del teniente Sullivan. Aún recordaba la inclinación de cabeza que le hizo mientras le estrechaba la mano. No cambiaron una sola palabra, pero Margaret tuvo la impresión de que los ojos de Sullivan la taladraban pretendiendo descubrir lo más recóndito de su pensamiento. La señal sonaba al otro extremo del cable, pero no tomaban el auricular.

¿Qué le pasaba a Jeff? Debería estar en su apartamento.

Esperó un poco más y al final colgó.

Encendió un cigarrillo y se puso a pasear nerviosa.

Se dijo que le gustaría encontrarse ya en Europa, lejos de todo aquello. Paul Norton trataba de disuadirla para que se quedase y comprendía las razones de Paul. Estaba enamorado de ella. Lo sabía desde hacía mucho tiempo, y ésa era otra razón más para que se marchase cuanto antes. No le gustaba Paul lo más mínimo.

—Buenas noches, señora Blaine.

Giró bruscamente mirando hacia la ventana que estaba abierta. Al pie estaba Francis Ward cubierto con la sucia gabardina. Su cara mostraba las huellas de una pelea.

—¿Qué hace aquí? ¿No sabe que ha cometido un delito?

—Allanamiento de morada, ¿eh?

—Si no sale inmediatamente llamaré a la policía. —Muy bien. Llámela. Yo también tengo muchas cosas que contarle.

—No vuelva a repetir su historia de Ray Craven. Me la sé de

memoria.

—No, esta vez solo les hablaría de pasada con respecto a Ray Craven. Ahora tengo otro relato, más interesante para ellos.

—¿A qué se refiere, señor Ward?

—Al hombre que mató a su esposo y a Relinda Young.

Sé quién es.

—¿Qué tontería se le ha ocurrido ahora?

—Estoy en condiciones de entregar al asesino, a usted.

—Debe estar borracho.

—No me decepcione, señora Blaine. La tomé por una persona inteligente. Mi sola presencia aquí debe indicarle que su plan ha fracasado. Sí, señora Blaine, Robbins no cumplió la misión que le había confiado.

Por el contrario, fue él quien se largó al otro mundo.

El cigarrillo cayó de entre los dedos de Margaret.

—No... No puede estar muerto.

—Lo siento mucho, señora Blaine, comprendo que usted le querría mucho. —Francis se encogió de hombros—. Pero será mi vida o la suya y yo tuve más suerte. Si quiere decirle el último adiós, puede hacerlo con sólo llegar a la habitación de mi hotel... Allí encontrará al pobre tendido en el suelo.

La joven dio un grito y dejóse caer en un sillón. Ward tomó del suelo el cigarrillo de ella y lo aplastó en el cenicero.

—Debe hacerse cargo, señora Blaine. Soy un hombre al que le gusta vivir y Jeff se llegó allí con muy malas intenciones. No debió hacer eso conmigo, señora Blaine...

—Cállese de una vez.

—¿Callarme ahora que es cuando debemos hablar?

—Usted y yo no tenemos nada que decirnos.

—Piense un poco con la cabeza, nena. Ahora está sola. Jeff ha muerto, necesita a alguien que la ayude para llevar a buen puerto el barco que botó.

—No me hablo con asesinos.

—Me reiría si tuviese ganas, pero la pelea con su amiguito me dejó bastante tullido.

Francis se acercó a la bandeja y se sirvió una ración de *whisky*.

Vio que ella le estaba mirando con los ojos cargados de odio.

—¿Por qué es usted tan miserable? Le envié los diez mil dólares

que quería. Jeffrey los llevaba consigo, pero usted prefirió matarle y apoderarse del dinero para sacar más.

—No sea ingenua, ¿o es que se cree que está hablando con un tonto? Jeffrey no llevaba ningún dinero. —Mentira. Le entregué personalmente los diez mil dólares.

—¿Qué broma es ésta, señora Blaine? He registrado a Robbins y sólo tenía veinte dólares. Se presentó con una pistola y sus intenciones quedaron claras. Fue allí a liquidarme. Jeffrey tuvo la delicadeza de mostrarme de qué forma había burlado al empleado del registro. Al parecer, poseía gran habilidad para los disfraces.

—No le creo una palabra, señor Ward.

—Bueno, eso a mí ahora no me importa. He venido a hablar con usted de negocios —hizo una pausa—. Me va a dar cincuenta mil dólares.

—¿Cincuenta mil dólares...? No sabe lo que dice. —Claro que lo sé. Usted tiene millones. Cincuenta mil dólares no serán nada. Y debe tener en cuenta que acabo de matar a un hombre.

—No puedo dárselos.

—¿Por qué no?

—No poseo fortuna particular.

—Tiene la de su marido.

—Hasta dentro de una semana no podré disponer de nada que haya pertenecido a mi esposo.

—Muy bien, señora Blaine. Esperaré una semana. Pero, ahora me tendrá que dar para gastos menudos. Me dijo que tenía cuatro mil dólares en efectivo.

—Se los di a Jeffrey junto con una joya que debía empeñar para conseguir el resto hasta los diez mil. Fui usted mismo quien lo sugirió.

—Oiga, nena, ya le he dicho que no le creo nada de lo que diga. Usted se alió con ese asesino y es lo único que cuenta para mí. ¿Tendrá cien dólares?

—Sí.

—Muy bien, con eso tendré bastante por ahora. Pero apúntese esto en la memoria. De hoy en ocho días usted reunirá los cincuenta mil dólares. ¿Entra en el trato?

La joven permaneció un rato en silencio apretándose las sienes con la mano. Estaba sumergida en una vorágine. No podía

detenerse.

—Sí, señor Ward. Le daré el dinero.

—Deje de enviarme matones. Ahora estaré mejor preparado y, si vuelve a ocurrir, le juro que cuando la vuelva a ver será en el juicio que se celebre contra usted por el doble asesinato de su esposo y Belinda Young.

La joven se dirigió a la mesa y abrió un cajón.

Francis saltó sobre Margaret atrapándola por el brazo.

—¿Qué le pasa?

Francis miró el cajón, pero no vio ninguna pistola, sino un cofre. El mismo lo sacó y abriólo con la pequeña llave que había en la cerradura. Dentro había un fajo de billetes.

Continuaba muy cerca de la joven, sintiendo la tibieza de su cuerpo.

—No me fío de usted. Creí que iba a sacar un revólver. Usted y su amiguito son muy aficionados a retirar a la gente de la circulación.

—Tome ese dinero y márchese.

Ella se apartó de Ward y éste alcanzó el fajo de billetes, que guardó en el bolsillo.

La joven tragó saliva.

—¿Qué va a hacer con Jeffrey?

—No se preocupe por eso. Me encargará de hacerle desaparecer.

Francis avanzó sobre ella y Margaret permaneció quieta.

—¿No me da una propina, nena?

—Se la daría de buena gana.

—Claro que sí. Usted me daría un tiro, ¿verdad? Pero yo me refería a otra cosa. Por ejemplo, un beso. Levantó las manos y la tomó por los brazos. Se dispuso a besarla, pero la joven le soltó una bofetada haciéndole retroceder contra la mesa.

Francis sonrió acariciándose la mejilla donde había recibido el golpe.

—Una fierecilla, ¿eh?

—No me toque, señor Ward.

—Claro, el único que tenía autorización para tocarla era el bueno de Jeff. —Sólo dice cosas sucias.

—Me gusta ir al grano en los negocios. ¿Sabes que tú y yo podríamos hacer algo grande...? Sí, vas a tener mucho dinero; pero

te aseguro que conozco una forma de doblar el capital en un año.

—Ahórrese saliva, señor Ward y, por favor, abandone de una vez mi casa.

—No te he dicho la forma en que quiero cobrar los cincuenta mil dólares. Ha de ser en billetes pequeños, de diez, veinticinco y cincuenta. Y otra cosa; nada de enviados especiales. Metes el dinero en una valija antes de ocho días, me llamas y yo vendré a retirarlo. La joven hizo un gesto afirmativo.

—Te veré otra vez, dulzura. Entonces continuaremos hablando acerca de lo que tú y yo podríamos hacer.

—No me sacará nada.

Ward echó a andar hacia la ventana por donde había entrado. A caballo sobre el alféizar, hizo un saludo con la mano.

—¿Sabe una cosa, nena? Nunca he tenido un socio tan bonito. Me gustas... Me gustas mucho.

Luego desapareció.

CAPÍTULO XI

—No le comprendo, jefe —dijo el detective Carson—. ¿Por qué no echamos mano a Norton? Déjelo de mi mano y yo le haré escupir toda la historia. —No se puede hacer eso, Carson. Además, sigo teniendo mis dudas acerca de lo que ocurrió en el apartamento de Belinda Young.

—Yo no tengo ninguna. Tú posees un cerebro privilegiado —repuso Ertie con ironía.

En aquel momento se abrió la puerta y apareció el detective Matew.

—Eh, jefe, el teletipo está enviando noticias de Nueva York, y creo que le van a gustar mucho.

El teniente salió de la habitación seguido de Carson. Los tres hombres se abocaron sobre la máquina. En el papel se iba grabando un mensaje que decía así: «El verdadero nombre de Margaret Blaine es Joan Sterling.

Se la relacionó con la muerte del músico Ray Craven. Ray estaba internado en un hospital por padecer un cáncer. Era prometido de Joan y contrató una póliza de seguro a favor de ella por valor de siete mil dólares. Ray se arrojó por la ventana. Hubo sospechas de que Joan Sterling le hubiese empujado, pero la investigación no sirvió».

El teniente rasgó el papel y quedóse pensativo.

Carson encanutó los labios lanzando un silbido.

—Bueno, eso le da un aspecto nuevo al asunto. Esa señora Blaine parece que es una especialista en enviudar.

—Ray Craven no era su esposo.

—Bueno, da lo mismo, pero la muerte de Ray le proporcionó una buena bolsa. Si fue inocente, ¿por qué infiernos se cambió el

nombre y se hizo llamar Margaret?

—Un caso como ése siempre atrae la publicidad —dijo el teniente.

—¿La está defendiendo, jefe? No defiende a nadie, pero me gusta apostar sobre seguro. Hace un momento tu candidato era Norton y ahora es la señora Blaine. ¿Me equivoco, Carson?

El detective bajó la mirada al suelo.

—Usted gana, teniente.

Ertie hizo una bola con el papel y la guardó en el bolsillo.

—Voy a visitar a la señora Blaine.

—¿Necesita ayuda, jefe?

—No, quédate aquí. Los muchachos han de llegarse con informes de Norton y Hubert. Hazte cargo de todo. —Corriente, jefe, pero palabra que me hubiese gustado ver otra vez a esa fulana... Infiernos, está bien surtida.

Ertie chascó la lengua.

—Oye, Carson, ¿cuándo vas a emplear las palabras adecuadas para hablar de una dama?

—¿Dama...? ¿Está seguro, teniente?

Ertie rezongó por lo bajo y salió de la comisaría. Al llegar a la residencia de los Blaine saltó del coche y quedóse un rato mirando la casa. Todo era silencio.

Le abrió Whipple, el mayordomo.

—¿Está la señora?

—Perdón, teniente, pero la señora Blaine sufre una fuerte jaqueca y se retiró a su dormitorio.

—Lo siento, Whipple, pero he de hablar con ella.

—Muy bien, señor. Le diré que está usted aquí. Whipple subió por la escalera central y regresó al cabo de unos minutos.

—La señora Blaine le ruega la disculpe si le recibe en su dormitorio.

Muy bien, Whipple. Indíqueme el camino.

Subió tras el mayordomo y poco después éste le abrió una puerta, indicándole que entrase.

La señora Blaine estaba sentada en una cama de matrimonio. Se echaba sobre los hombros un chal.

—Siéntese, teniente.

—Gracias —dijo Ertie y ocupó una silla junto a la pared, lejos

del lecho—. Disculpe que la moleste, señora Blaine, pero no he tenido más remedio que hacerlo.

—No se preocupe, teniente. Dígame de qué se trata. Ertie sacó la bola de papel del bolsillo y la arrojó hacia la cama.

Da joven enrojeció.

—Sus modales no son muy educados, teniente.

—Por favor, lea eso.

La joven tomó la bola de papel y la deslió. Ertie observó su rostro a medida que leía y vio cómo se tornaba pálido.

Sacó un cigarrillo y lo encendió con un fósforo. Cuando Margaret hubo terminado, dejó el papel sobre su regazo y miró al teniente.

—Ha venido a detenerme.

—No, señora Blaine, todavía no.

—¿No es ésta la prueba que necesitaba? —En absoluto. En aquel caso se estableció su inocencia. Aquello ocurrió en Nueva York y el asesinato de su esposo y Belinda Young ha ocurrido en California... No dudo que el fiscal introduciría en el juicio, con más o menos habilidad, el contenido de ese mensaje; pero a mí lo que me importa es esclarecer el doble crimen de la calle del Rey. Si es usted culpable creo que éste es el mejor momento para que me explique cómo ocurrieron las cosas.

—En mi declaración le silencié algo, teniente.

—¿En cuál de ellas?

—No sea sarcástico.

—Muy bien. Adelante. ¿Qué es lo que silenció? —Cuando me habló por teléfono aquel desconocido para anunciarme que mi esposo me engañaba, decidí que un detective privado hiciese la comprobación. Elegí a Jeff Robbins, un amigo a quien conocía desde hacía un par de años. Me pareció la persona más adecuada para que yo le hiciese confidente de mi problema.

—De modo que Jeffrey es su amigo. Siento decírselo, señora Blaine, pero eligió mal. Jeffrey Robbins es un bribón de cuidado.

—No lo he sabido hasta hoy. Creí que era una persona honrada en su profesión. —¿Qué le encargó a Jeffrey?

—Que comprobase todos los datos que me había dado mi comunicante anónimo. Jeffrey comprobó la existencia de Belinda Young en la calle del Rey y que esa mujer recibía los lunes y viernes

la visita de un hombre cuya descripción señalaba claramente a mi esposo.

—¿Y qué más, señora Blaine?

—Eso fue todo. Con ello acabó su misión. Pero ayer ocurrió algo que me obligó a ir a su apartamento. Un hombre me hizo una llamada diciéndome que yo debería hablar con él si no quería pasarlo mal. Me amenazó con contarle ciertos hechos a usted. Ni más ni menos que el contenido del mensaje que usted acaba de traer. Se llama Francis Ward.

La joven contó su historia, terminando con la aparición de Francis en la casa y lo que había sabido con respecto a la muerte de Jeff Robbins, así como el ultimátum de Francis concediéndole un plazo de ocho días para entregarle cincuenta mil dólares.

—Comprendo lo ocurrido —repuso Sullivan—. Usted le entregó la joya y los cuatro mil dólares a Robbins; pero él decidió quedárselos para sí y acabar con el chantajista. Le salió mal la combinación y fue Francis Ward quien acabó con él. ¿Me permite utilizar el teléfono?

—Desde luego.

Ertie marcó el número de la comisaría.

—¿Carson...?

—Sí, jefe.

—Tienes que hacer una detención.

—¿Norton o la señora Blaine?

—Ninguno de los dos. El nombre del tipo es Francis Ward y se hospeda en la habitación número 9 del hotel Argos, calle Liberty, Chinatown. Hacedlo con cuidado, tiene dos pistolas. Ah, es posible que os encontréis con un cadáver dentro.

—¿Otro cadáver, jefe?

—Sí, el de nuestro antiguo conocido Jeff Robbins.

—Oiga, ¿qué tiene que ver todo eso con el caso?

—Ya te lo contaré.

—De acuerdo, jefe.

Ertie colgó y se quedó de pie observando a Margaret.

—No necesito decirle que su situación es un poco delicada, señora Blaine.

—Lo sé. Si se pone usted de espaldas como su subordinado, me vestiré y le acompañaré a la comisaría.

—Puede continuar en la cama. Ya le dije antes que no venía a detenerla y las cosas siguen estando igual.

—¿Piensa que no maté a mi esposo?

—Pudo hacerlo. Sigue siendo una sospechosa, pero ya le dije a su abogado que usted me merecía mucho respeto por su inteligencia.

—Conozco su hipótesis, teniente. El señor Steel me la comunicó. Usted piensa que dejé las huellas intencionadamente en el picaporte porque nunca se podría probar que apreté el disparador de la pistola. —Es lo que pensé y lo sigo imaginando ahora. ¿Por qué no? Usted ha dado una prueba de que desea ese dinero. Se ha comportado con una gran sangre fría al recibir la noticia de la muerte de su amigo, ese detective privado. Debió informarnos acerca de todo y, sin embargo, no lo hizo. Estaba decidida a pagar los cincuenta mil dólares con tal de no perder la herencia de su esposo.

—Francis me habló de una legítima defensa. —Pero usted no sabía que Jeff era un pillo de siete sucias, señora Blaine, y por el contrario estaba convencida de que Ward era un perfecto canalla. ¿Por qué iba a ser verdad el cuento de la legítima defensa?

No, señora Blaine, sus actos han sido inspirados por el egoísmo. Quiere el dinero de su esposo y no sería extraño que hubiese preparado su muerte con toda delicadeza. Al fin y al cabo, ese detective, Jeffrey, le facilitó los datos suficientes para saber en qué momento se podría presenciar en el apartamento de Belinda Young, y, por añadidura, tuvo unos cuantos días para preparar su plan.

—Suponga que hice todo eso, que organicé el complot y que maté a Belinda Young y a mi esposo. ¿Cómo va a probar que lo hice?

—Ha hecho la pregunta justa, señora Blaine.

Sintiéndolo mucho, debo decirle que no puedo probar nada a ese respecto.

—¿No tiene otro candidato para sustituirme? —Sí, Paul Norton, director gerente de la Blaine Company.

—¿Tampoco tiene pruebas contra él?

—Tengo bastante para llevarlo a la cámara de gas, pero no por la muerte de su esposo y la de Belinda, sino por la de otra persona con la que se confabuló para asesinar a su marido.

Margaret se quedó con la boca abierta.

—¿Paul Norton?

—Sí, señora Blaine. El y Joseph Hubert también urdieron su plan. Al parecer, había muchas personas que querían retirar de la circulación a Mel Blaine. Pero Hubert llegó demasiado tarde, justo cuando ya su esposo y Belinda habían sido muertos. Luego Norton quiso quitarse de encima a su cómplice, probablemente creyendo que había hecho el trabajo, y le descerrajó dos tiros.

—Dios mío, ¿cómo ha podido hacer una cosa así?

Ertie le sonrió.

—Habla usted como una mujer inocente.

—Puede pensar de mí lo que quiera.

—¿Cuánto le deja su marido en el testamento?

—Aproximadamente unos cincuenta y tres millones de dólares.

—No está mal.

—Es una cantidad que justifica el crimen, ¿verdad, teniente?

—Una vez capturamos a un hombre que había matado a otro para robarle cinco dólares.

Hubo un silencio entre ambos, que interrumpió la joven:

—¿Por cuánto se vendería usted, teniente?

Ertie la miró a los grandes ojos.

¿Quiere comprarme?

—Conteste a mi pregunta.

—Un millón. Es barato, ¿verdad? A usted le quedarían cincuenta y dos. Pero antes tengo que saber qué he de hacer a cambio del millón.

—Sé quién mató a mi esposo y a Belinda Young, teniente. Sólo tiene que detener al asesino para ganarse el millón.

CAPÍTULO XII

Ertie Sullivan dio una chupada al cigarrillo.

—Eso es muy extraño, señora Blaine.

¿Por qué lo considera extraño?

—Dice que sabe quién es el asesino de su esposo y Belinda. Bastaría que usted pronunciase el nombre y yo le detendría.

—No puedo hacerlo porque no tengo pruebas. Por eso le he de dar el millón.

—Ya entiendo. He de fraguar las pruebas.

—Ahora me ha entendido bien, teniente.

—Muy bien. ¿Quién es el asesino?

—El doctor Louis Fenn. Es nuestro médico de cabecera.

—¿Por qué los mató?

—Es la mar de sencillo. En el testamento mi marido le deja un legado de un millón de dólares para su institución dedicada a los retrasados mentales. El doctor se encuentra en dificultades porque las personas que habían hecho posible esa institución fueron suprimiendo sus cuotas. Debe mucho dinero y no podía conseguir de ninguna parte ayuda financiera...

—Es un argumento gratuito, señora Blaine.

—No lo es si le digo lo que él me propuso.

—¿Qué le propuso?

—Que matásemos a mi esposo.

—¿Cuándo?

—Hace cinco meses. Mi marido tuvo que hacer un viaje a Nueva York y el doctor me invitó a almorzar. Fue durante el almuerzo cuando el doctor dijo que el avión de mi marido podía estrellarse. Todos los días ocurren accidentes de esa clase y su muerte nos proporcionaría beneficios a los dos. A mí más de cincuenta

millones; para él, un millón. Traté de apartarle de la conversación, pero él insistió. Había bebido bastante y de pronto me lo soltó sin rodeos. Me dijo que si mi marido no moría en un avión, porque era una cosa bastante improbable, podía encontrar la muerte aquí mismo, en Los Ángeles, si alguien se ocupaba de ello. Trató de convencerme de que se podía hacer fácilmente. Tenía a su alcance unos cuantos venenos que yo podía suministrar a mi esposo y que no dejaban rastro en el caso de que se hiciese autopsia. Me aseguró que estaría a mi lado al objeto de hacer imposible una investigación policiaca. La muerte de mi esposo parecería normal. Pero yo rechacé su proposición y le dije que si me volvía a hablar de ello rompería mi amistad con él.

—¿Por qué no me contó todo eso cuando la detuve?

—Porque no podía incriminar a Fenn sin tener pruebas.

—Tampoco las tiene ahora.

—Ahora se ha descubierto mi pasado y, si no se encuentra al asesino, los familiares de mi esposo pueden anular el testamento.

—¿Qué familiares?

—Mel tiene una hermana en Philadelphia. Ella me odia con todas sus fuerzas. Ni siquiera asistió a los funerales. Estoy segura de que habrá contratado a un montón de detectives para investigar el caso. Hará lo posible para que recaigan en mí las sospechas. Estarán investigando también mi pasado y, cuando sepan lo que ocurrió en Nueva York con Ray Craven, me pondrá en una apurada situación. Sarah Blaine cuenta con grandes influencias en Nueva York. Está casada con un juez cuya familia ha contado con magistrados en la Corte Suprema. No quiero correr ningún riesgo. Todo ello podría provocar una reacción contra mí que terminaría con una anulación del testamento. Naturalmente, podría apelar; pero ya sabe lo que ocurre con esos pleitos. Se eternizaría. Ellos son ricos y pueden soportarlo, pero yo no tengo un solo centavo. Estoy segura de que Sarah me ha declarado la guerra y será capaz de gastar el dinero que sea necesario para conseguir que yo no herede. Necesito que se descubra cuanto antes al asesino de mi esposo, ¿lo entiende? Sólo así podré entrar en posesión de la herencia la semana próxima y reírme de Sarah.

¿Cuál es la dirección del doctor?

Margaret le dio la dirección de su clínica y de la de su

apartamento.

—Gracias, señora Blaine —dijo Sullivan y echó a andar hacia la puerta.

—Eh, teniente.

—¿Qué ocurre?

—¿Me dará noticias?

—Las tendrá muy pronto.

Cuando llamó al apartamento del doctor Fenn, no le abrió éste, sino una joven de unos dieciocho años, rubia, de nariz respingona y ojos picarescos. Se cubría con un jersey rojo y una falda negra y llevaba el pelo muy corto.

—Hola —dijo el teniente—. ¿Está por ahí el doctor? —Sí. ¿Le citó él aquí?

—No.

—Entonces tendrá que ir a su consulta mañana a las nueve.

—¿Sí? ¿Y qué hace ahora?

—Es usted muy curioso.

—Me gano la vida haciendo preguntas.

—Está bien, curiosón. El doctor está poniendo en orden su archivo. Yo vine a echarle una mano.

—¿Quién es usted?

—Su enfermera.

¿Dónde se dejó la bata blanca?

—Ahora me convence de que se gana la vida haciendo preguntas.

Sullivan pasó por junto a ella.

—Eh, no le he dicho que entre.

Pero el teniente ya había entrado.

Se oyó una voz procedente de una habitación cuya puerta estaba abierta.

—¿Quién es, Pearl?

—Un desconocido.

Oyéronse pasos y el teniente vio aparecer al doctor Fenn. Frisaba en los cuarenta años y era alto, fornido, de cabello negro, rizado. Parecía más un galán de la pantalla que un doctor. Con su mano derecha sostenía unas cuantas fichas.

—¿Quién es usted?

—Teniente Sullivan, de la Brigada de Homicidios —alargó su

credencial al doctor, el cual le dirigió una mirada sin alcanzarla.

La enfermera de la nariz respingona se puso una mano en la barbilla y dio la vuelta alrededor de Ertie observándole con atención.

—Un policía de verdad, jefe...

—Apártese si no quiere que le de unos cuantos azotes, cariño — contestó Sullivan.

—¿Se da cuenta, doctor? Es un tipo duro.

El doctor hizo un gesto agrio.

—Cállate, Pearl. Y será mejor que continúes trabajando en el fichero.

—Sí, jefe —repuso la joven y se marchó por la puerta con un contoneo, pero antes de desaparecer volvió la cabeza y apuntó con su naricilla al doctor—. Tenga cuidado, jefe, parece un gorila y apuesto a que da zarpazos.

El médico enrojeció hasta la raíz del cabello. Cerró la puerta cuando Pearl hubo entrado en la habitación.

—¿Un *whisky*, teniente?

—No, gracias.

¿Cuál es el motivo de su visita?

—¿Es usted el médico de cabecera de los Blaine?

—Sí, desde luego.

Le supongo bien informado acerca de las circunstancias que concurrieron en la muerte del señor Blaine.

—Lo leí en la Prensa.

—Me gustaría oírle una coartada que le cubriese durante el tiempo que se supone fue perpetrado el asesinato.

Fenn enarcó las cejas.

—¿Sospecha de mí, teniente?

—Sospecho de mucha gente. Un policía tiene que sospechar para llegar hasta el verdadero culpable.

El doctor rió.

—¿Quién le ha conducido hasta aquí, inspector? —Permítame recordarle que soy yo el que hace las preguntas. Por otra parte, no puedo decirle mi fuente de información.

—Sí, comprendo. Perdone mi indiscreción. —Fenn hizo una pausa—. Me encontraba aquí.

—¿Solo?

—No, con Pearl. Llevábamos un trabajo entre los dos.

—Ya me lo contó. Están organizando el fichero.

—Pearl es una chica que no sabe guardar un secreto.

—¿A qué hora llegó, doctor?

—Salimos de mi consulta a las seis.

—¿Los dos?

—Sí, los dos. No nos detuvimos en ninguna parte. Al llegar al apartamento preparé unos *whiskys* y descansamos un rato. Habíamos tenido una jornada muy fatigosa. Luego nos pusimos a clasificar las fichas. Hacia las ocho nos fuimos de aquí. Como premio invité a cenar a Pearl. Estuvimos en un local llamado Barwick, en la calle 62. Salimos alrededor de las nueve y acompañé a Pearl a su casa, en la calle 77 Oeste. Inmediatamente de dejarla, regresé aquí porque tenía mucho sueño. Estaba agotado.

—Gracias, doctor.

—No hay de qué.

—Bueno, ya que terminé mi misión oficial estoy dispuesto a aceptarle ese *whisky*.

—Con mucho gusto, teniente. En seguida se lo preparo.

El doctor se fue a la cocina.

Sullivan abrió la puerta de la habitación en que se encontraba la joven. Pearl no estaba clasificando nada. Se había tendido en un diván y fumaba un cigarrillo mientras veía las fotografías de una revista. —Ah, hola, hombre duro— dijo ella al notar su presencia.

—¿Descansa de su fatigoso trabajo? —inquirió Sullivan, cerrando la puerta.

—Usted es un poli muy gracioso.

¿Viene todos los días a clasificar fichas?

—Oh, no, un par de veces a la semana.

—Ayer y hoy.

—No, la última vez que me llegué aquí fue hace cinco días. Es una faena que me encanta...

—Se nota.

—Anteriormente tuve dos jefes que eran dos negreros. Me hacían trabajar diez horas diarias; pero con el doctor es distinto...

Sí, ya veo que es muy complaciente.

La puerta se abrió de golpe y Fenn apareció en el hueco con un vaso de *whisky* en la mano.

—¿Invitaste a entrar al teniente aquí, Pearl?

—Oh, no, jefe. Él se llegó a verme. Seguramente le ha gustado mi naricilla —la levantó para que Ertie la viese bien—. Opine sobre ella.

—Es un encanto —dijo Ertie y se volvió hacia Fenn—. ¿Por qué me ha mentido?

¿Eh?

—Su coartada ha quedado reducida a polvo. No estuvo con Pearl aquí durante el tiempo en que Mel Blaine y Belinda Young fueron asesinados.

El doctor empezó a palidecer.

—¿Qué le ha dicho ella?

Pearl se enderezó en el diván.

—¿He hecho algo malo, Louis?

—Manten la boca cerrada, estúpida.

El teniente endureció las facciones.

—Bueno, doctor, ¿qué fábula me va a colocar ahora para sustituir a la que ha quedado en desuso?

¿Tiene inconveniente en volver al vestíbulo?

Sullivan pasó a la otra habitación.

—Soy un caballero, Sullivan, y si dijese la verdad podría perjudicar el buen nombre de una persona. —Oiga, doctor, no sabe la de veces que he oído la letra de esa canción.

—Le aseguro que es cierto.

—A mí no me sirve. Cuando el Departamento dicte una ley ordenando a los policías admitir la palabra de los caballeros, usted y otros muchos estarán de enhorabuena. Pero, mientras tanto, hágame su confidente como si fuese su hermano mayor.

—No me gusta su tono, teniente.

—Ni a mí su forma de hurtar el cuerpo.

El doctor inspiró profundamente.

—Pasé toda la tarde aquí con una joven.

—¿Pearl otra vez?

—No sea chistoso, Sullivan. Ella se llama Grace.

—¿Grace qué más?

—Grace Nolan. Está casada con el secretario de una Embajada de cierto país... Ella no es feliz en su matrimonio y, bueno, ya sabe cómo son estas cosas...

—Oh, sí, me hago cargo.

—Gracias, teniente. —Fenn forzó una sonrisa—. Su *whisky*.

—Ya no lo necesito, doctor. Hasta la vista.

Ertie abandonó el apartamento.

Invirtió quince minutos para conocer la dirección de una tal Grace Nolan, casada con un secretario de Embajada, y otros veinte minutos en llegar ante la puerta de un apartamento en la calle 37, Este. Le abrió una joven de cabello rojizo. Podía andar por los veintiocho años de edad y era esbelta, de cuerpo sinuoso, labios rojos y ojos almendrados.

—¿Señora Nolan?

—Sí, soy yo.

Ertie sacó su credencial y la joven, al leerla, se mordió el labio inferior.

—¿Qué quiere?

Hablar con usted de cierto doctor.

—Le manda mi esposo, ¿verdad?

—No, y él no sabrá nada si me dice la verdad.

—Pase, por favor.

Ertie entró en un vestíbulo lujosamente amueblado.

—¿Cuándo vio por última vez al doctor, señora Nolan?

—Anteayer.

¿Dónde?

—¿Es necesario que lo diga, teniente?

—Sí, señora Nolan. Es necesario.

—Fue en su apartamento.

—¿Llegaron juntos?

—No. Nos encontramos en un bar y él me dio la llave.

Yo llegué antes que él...

—¿A qué hora?

—A las seis y media.

¿Cuándo llegó él?

—Unos diez minutos después.

—¿Cuánto tiempo permanecieron allí?

—Hasta poco más de las ocho.

—Me gustaría que me dijese la hora exacta.

—Pudieron ser las ocho y diez o las ocho y cuarto. Yo tenía que estar aquí a las nueve. Henry llegaba de Washington y cuando eso

ocurre siempre está aquí a las nueve y media...

Sullivan movió la cabeza.

—¿Es ésa la verdad, señora Nolan?

—Absolutamente la verdad.

—¿Salió por algún motivo el doctor de su apartamento mientras permaneció con usted?

—No, todo el rato estuvo conmigo.

—Voy a hacerle una advertencia, señora Nolan. Como ya le dije antes, no haré uso de lo que acabo de saber con respecto a usted y al doctor. Pero, si me ha engañado, quedaré libre para hacer lo que quiera. Y le aseguro que la pondría en un buen apuro. De modo que, si ahora quiere rectificar su historia, puede hacerlo. Es su única oportunidad.

—No le he mentado. Todo cuanto le he contado es cierto.

—Gracias, señora Nolan —dijo Sullivan y se despidió de la pelirroja.

CAPÍTULO XIII

El teniente Sullivan entró en la comisaría.

El detective Matthew, en mangas de camisa, se hallaba bebiendo un vaso de agua y señaló con la cabeza la habitación que estaba al fondo.

—Ahí tiene al chantajista, un tipo estupendo. ¿Sabe lo que había hecho con el cadáver de Jeff? Lo había metido en un baño de clorhídrico.

—¿Qué es lo que dice?

—Que Jeff se llegó allí para liquidarle y que tuvo que defender su vida.

—¿Qué más?

—Sólo eso.

El teniente entró en la habitación.

Carson tenía atrapado a Francis Ward per las solapas.

—Eres un condenado bastardo y te voy a deshacer las narices para que sueltes el grifo.

—Ya basta, Carson —dijo el teniente.

Ward y Carson miraron al recién llegado.

Otro detective, Luke Carruters, estaba apoyado en la pared, el nudo de la corbata bajado, enjugándose el sudor del cuello con un pañuelo.

—¿Es usted el teniente Sullivan? —preguntó Ward.

—Sí.

—Protesto contra la forma que me tratan sus hombres.

Mire este ojo, lo tengo casi cerrado.

—Te voy a cerrar el otro —dijo Carson poniéndole el puño delante de las narices.

—¡Carson! —dijo Ertie en tono de reconvención. Carson se echó

atrás pasándose una mano por el cabello.

—Este hijo de perra no hace más que repetir lo mismo. Mató a Jeff Robbins en legítima defensa. Le he preguntado por el motivo y dice que no lo sabe.

—Yo se lo diré.

Ward hizo una mueca.

—Eh, teniente, no me vaya a achacar todo lo que se haya cometido en la ciudad durante este mes. Llegué sólo hace cuatro días. —¿Tenéis la ficha por ahí?

El detective Luke sacó una tarjeta del bolsillo y la alargó al teniente, quien leyó su contenido.

—Cuatro veces en la cárcel, ¿eh, Ward? Una por robo, otra por tentativa de asalto a mano armada, la tercera y la cuarta por estafa...

—No hay justicia en la tierra, teniente. Soy un jugador, ¿lo oye? Me gano la vida con los naipes... Soy un gran, jugador de póquer, puede preguntar a unos cuantos tipos... Pero ¿qué es lo que pasa? Desplumo a unos cuantos y dicen que hago juego sucio y me denuncian por estafa. ¿Cree que eso es razonable? Sólo le condenan a uno porque no tiene recomendaciones, porque no cuenta con buenas amistades. Eres amigo de un gobernador o de un alto jefe político y enseguida estás suelto... Pero si tus amigos están entre la gente de abajo, estás listo si te atrapa la policía.

—Calla ya, Francis.

El teniente sacó dos cigarrillos y alargó uno a Ward.

—Gracias, teniente. Me quitaron hasta el paquete. Ertie frotó un fósforo. Primero aplicó la llama al suyo y luego lo alargó a Francis, quien lo encendió dando largas chupadas.

—Bueno, Francis, tú y yo vamos a hablar.

—Claro que sí, teniente. En cuanto le vi entrar me di cuenta de que era de distinto barro de esos tipos. Carson hizo un gesto de ir a pegarle, pero Ertie le detuvo con una mirada.

—Bien, Francis, te falló el negocio... Confieso que lo pensaste bien. Se te ocurrió que podías sacar un poco de dinero después de tu estancia en la cárcel. Querías compensar los dos años que te pasaste entre rejas... De alguna forma cayó en tus manos un periódico o una revista que te sirvió para saber que Joan Sterling era ahora Margaret Blaine, la esposa de un millonario.

—Pensaste que Joan Sterling debía tener mucho interés en que no se conociese aquel pasado suyo, que se refería a la muerte de Ray Craven en Nueva York.

—Tuviste más suerte de lo que habías imaginado. Estuviste tres días enfermo en tu hotel y, mientras tanto, se cometió el doble crimen de Mel Blaine y Belinda Young. Eso te dio nueva munición para las baterías que ibas a dirigir contra la señora Blaine.

—Oiga, teniente, todo lo está contando muy bien, pero yo no soy un chantajista. Si quiere convencerse, eche un vistazo a mi ficha. ¿He sido condenado alguna vez por chantaje? No. Sólo soy un jugador... ¿Cómo iba yo a chantajear a esa mujer...? Sólo quise pedirle un préstamo. Pero le iba a devolver hasta el último centavo. Eso deben saberlo ustedes. Naturalmente, se da la circunstancia de que yo conocía a la señora Blaine. Pero en ningún momento la presioné. Vayan a su casa y pregúntenle si la golpeé. ¿Y qué es lo que le pedí? Diez mil dólares. Sólo eso. Le dije a la señora Blaine que pensaba marcharme a Chicago en cuanto recibiese el dinero... Juro que lo habría hecho... ¿Y qué fue lo que hizo la señora Blaine? Enviarme a un tipo para retirarme de la circulación... Usted debe creerme, teniente. Le doy mi palabra de que ese Robbins se presentó allí con una pistola. Estaba a oscuras en mi habitación cuando se coló. Encendió la luz y le vi a los pies de la cama apuntándome con su pistola.

Sullivan sacudió la ceniza del cigarrillo y dio otra larga chupada.

—Me tiró un dólar a la cara y me dijo que el resto lo cobraría en el infierno... ¿Qué le parece? Tuve que andar listo para luchar contra él... No logré quitarle la pistola. Tuve que golpearle en la cabeza una y otra vez. Fue mala suerte, teniente... Un simple accidente. No tenía intención de matarle... Lo juro ahora y lo juraré ante el tribunal.

En la estancia hubo un silencio.

—Está bien, Francis. Te creo.

—Gracias, teniente... Debo aclarar una cosa. Estas marcas de la cara no me las hicieron sus hombres, sino el propio Robbins. Quiso sacarme los ojos, pero sólo llegó a clavarme las uñas en la piel. El teniente miró a Carson y éste dijo:

—Los del laboratorio han confirmado esa parte. Los arañazos se los hicieron las uñas de Robbins.

—¿Qué hay de la pistola de Robbins?

—Sólo tiene las marcas del detective.

—¿Por qué no agrega lo otro, Carson? —intervino Francis—. Ande, ¿por qué no le dice que Robbins se llegó allí disfrazado? Carson emitió un gruñido.

—En los bolsillos de Jeffrey encontramos una gorra, un trozo de plástico blando acoplable a la nariz y unas gafas oscuras con montura de carey.

—¿Qué le dije, teniente? Una legítima defensa como el Empire State de grande... Necesito la libertad cuanto antes, señor Sullivan, ¿lo oye? He de ir a Chicago. Me está esperando mi socio...

—Tendrás que esperar un poco a que se reúna el Gran Jurado y establezca si hay base de acusación o no contra ti.

—Pero ¿qué es lo que va a decir el Gran Jurado...? Soy inocente...

—Tal como están las cosas, no habrá base para 1 acusación. Puedes estar tranquilo, pero, mientras tanto, hay que encerrarte. Tú te haces cargo, ¿verdad, Francis? En cuanto a lo del préstamo de la señora Blaine, ella no te ha denunciado oficialmente; de modo que dejaron ese cargo porque no creo que ella quiera removerlo.

Francis sonrió satisfecho.

—Le puedo asegurar una cosa, teniente. Me acordaré de su nombre mientras viva...

—Carson, enciérrale —dijo el teniente y, después de hacer un saludo con la mano a Francis, salió de la habitación.

El detective Mattew estaba bebiendo otro vaso de agua.

—Eh, teniente, el capitán acaba de llegar. Le espera en su despacho.

Coleman estaba hundido en su sillón.

—¿Qué hay, capitán?

—Vengo de casa del comisionado. Me citó personalmente allí. Te imaginas para qué, ¿verdad?

—Sí. Cometí un error al detener a la señora Blaine. Esas cosas no pueden hacerse. Está en juego el prestigio de todos los que colaboramos en la prevención y el castigo del delito.

—Fuera sarcasmos, Ertie.

—Sí, capitán.

—¿Has leído los diarios de la noche...? No sé por qué te lo

pregunto. Nunca los lees mientras llevas un caso y yo conozco la razón. No quieres quemarte la sangre. Pero yo los leo, ¿lo entiendes? Es mi obligación como capitán de la Brigada... Y todos se han volcado contra nosotros. Nos ridiculizan.

—¿Qué quiere que haga, capitán?

—Cazar al culpable. Y tú sabes perfectamente quién es. No sé por qué diablos no le has detenido ya. Thomson me informó de vuestros descubrimientos acerca de Paul Norton y ese Hubert... Cielo santo, está tan claro que no comprendo cómo estás con los brazos cruzados. Paul Norton y Hubert obraron de acuerdo. Hubert era la mano ejecutora y Norton el cerebro.

—Si usted quiere que haga eso, lo haré, pero a la larga no quedará servida la justicia. Hubert no mató a Blaine ni a la muchacha. Cuando llegó al apartamento de Belinda ya estaban muertos...

—Suposiciones. Sólo suposiciones... Infiernos, cada vez que recuerdo que yo te autoricé para seguir aquel curso de psicología, me arrepiento mil veces. Un policía necesita muy poco la psicología para atrapar a un carnicero... —Hinchó los pulmones de aire—. Quiero que detengas a Norton. Es una orden.

Ertie cabeceó.

—Muy bien, capitán, le detendré... Pero quiero que me conceda un plazo de tres horas.

—¿Un plazo para qué?

—Necesito combinar las piezas del rompecabezas. Si para entonces, no he hallado la solución iré por Norton.

El capitán titubeó unos instantes.

—Está bien, teniente. Tres horas.

—Gracias, capitán.

Sullivan salió fuera. Allí estaban sus hombres de confianza, Thomson, Carson y Matthew. Les hizo una señal para que le siguiesen.

Se dirigió al sargento Millard, que estaba sentado ante una mesa.

—Si aparecen por aquí Bruno y Ben, envíales a lo de Randolph. Les estaremos esperando.

—De acuerdo, teniente.

Poco después los cuatro hombres se encontraban sentados ante una mesa en el bar de Randolph.

Pidieron bocadillos, cerveza y café.

Cuando lo hubieron despachado todo, encendieron cigarrillos.

En ese momento entraron Bruno y Ben, que se dirigieron hacia la mesa.

Bruno era un tipo alto de cara avispada. Ben no le llegaba a los hombros, era regordete y tenía los párpados caídos.

Ocuparon dos sillas alrededor de la mesa y también ellos hicieron el pedido de bocadillos, cerveza y café.

Bruno dijo:

—Belinda Young era una antigua corista... Procede de Arkansas. Cuando tenía dieciocho años se largó a Nueva York. Tenía bonita figura, sabía bailar y su voz tampoco era mala. La atrapó un agente artístico llamado Cárter Deslys. La muchacha actuó en clubs nocturnos y, finalmente, entró a formar parte de las Doce Hermosas Mujeres, de Alfred Coxe. Tuvieron un gran éxito en el Medio Oeste. El número fue contratado por una productora de Hollywood para tomar parte en un filme. Terminada su actuación cinematográfica, el coro de Alfred actuó en el local La Manzana de Oro. Fue allí donde Mel Blaine conoció a Belinda. Al cabo de quince días, Mel Blaine sacó a Belinda del grupo indemnizando a Alfred Cose y la instaló en el apartamento de la calle del Rey. La chica parecía realmente enamorada de Blaine. No le ha hecho ninguna jugarreta en los seis meses que llevaban juntos. Eso es todo.

Terminado su informe, Bruno atrapó un bocadillo y le pegó una dentellada.

Ben, el de los párpados caídos, dijo:

—Francis Ward salió de la prisión de Philadelphia hace veintisiete días. Dijo que se dirigía a Chicago, pero la policía de allí asegura que no ha sido visto en ninguna parte. Apareció hace cinco días en el hotel Argos, inscribiéndose con su verdadero nombre. Es cierto que durante tres días no salió de su habitación por encontrarse enfermo. Sufrió fiebre y vómitos. El encargado del registro, un tal Sony Whiley, insistió en que llamase a un doctor, pero Francis no quiso. El teniente encendió un cigarrillo, permaneciendo pensativo.

—Carson.

—Diga, teniente.

—Llégate a la comisaria y suelta a Francis Ward.

—¿Cómo quiere que le suelte?

—Arréglalo por el sistema de la fianza. Dile que no estás autorizado para informarle del nombre de la persona que ha depositado el dinero.

—Ya entiendo; luego le sigo.

—No, no le vas a seguir.

—¿Eh...? Pero ese tipo se escapará.

—Ya te he dicho lo que tienes que hacer, ¿no?

Carson se puso en pie.

—Está bien, teniente —dijo y se alejó de la mesa—. Matthew —prosiguió el teniente—, tu trabajo consiste en llegarte a la cabina y hacer una llamada a Paul Norton.

—¿Quiere que le cite aquí o en la comisaria?

—En ningún sitio. Pon un pañuelo en el micro y dices lo siguiente: «Señor Norton: Perdió usted su tiempo. La señora Blaine tiene un amante. Ella estará, con él en su casa dentro de media hora».

Matthew se quedó con la boca abierta.

—¿Quiere que diga eso?

—Maldita sea, ¿es que necesitas que repita las cosas? —De acuerdo, teniente. Creí que no había oído bien. Matthew se marchó hacia la cabina murmurando entre dientes lo que debía decir a Norton.

Los que quedaron en la mesa se sumieron en un silencio tan sólo interrumpido por Bruno y Ben, que estaban despachando su ración.

Matthew regresó al cabo de unos minutos guardando el pañuelo en el bolsillo.

—Ya está hecho, teniente.

Sullivan se levantó y se dirigió a la cabina.

Marcó el número de la señora Blaine y, después de hablar con Whipple, oyó la voz de la hermosa pelirroja.

—Señora Blaine, estoy con el asunto del doctor.

¿No le ha detenido?

—Todavía no. Quiero que me eche una mano. Llámeme y dígame que no se encuentra bien.

—¿Qué es lo que pretende?

—El doctor presentó una coartada. Pero acabo de descubrir que es falsa. Tal como están las cosas, prefiero que se desarrolle ahí la

próxima escena. ¿Le avisará?

—Desde luego, teniente.

—Gracias, señora Blaine.

Sullivan colgó y regresó junto a sus muchachos. Transcurrieron otros quince minutos y al fin apareció Garson. Estaba lleno de ira.

—Ese Francis me ha sacado de quicio... De buena gana le hubiese deshecho la cara. ¿Cómo reaccionó ante la noticia?

—Primero, con un poco de asombro. Luego pareció como si comprendiese lo de la fianza y estuvo todo el rato riendo y gastándome bromas. El teniente encendió un cigarrillo.

—Tenéis una hora libre. Luego esperadme en la oficina.

Nadie preguntó nada y Sullivan dio media vuelta y salió del bar.

Había recorrido cinco yardas desde la puerta cuando vio una figura conocida ante un escaparate en que se exhibían zapatos femeninos.

—Hola, Giovanna —dijo.

La joven volvió la cabeza.

—Oh, eres tú... Qué casualidad encontramos... —Sí, el azar es caprichoso. ¿Vas a casa?

—Sí.

—Te acompaño si no tienes inconveniente.

—Ninguno.

Echaron a andar despacio por la acera sin que ni el uno ni la otra dijiesen nada.

—Ertie...

—¿Sí?

—¿Has pensado en otra mujer?

—Desde luego.

¿En quién?

—Mi cabeza está ocupada todo el día por una pelirroja.

—¿Bonita?

—Mucho, y además de belleza, tiene dinero.

Ella se detuvo.

—De modo que ése es el amor que sentías por mí. Reñimos por una nadería y aprovechas tu oportunidad para arrimarte a otra.

—¿He de recordarte tus propias palabras, Giovanna?

No debía verte más, ni intentarlo siquiera...

—Debería sacarte los ojos. Tú sabes que esas cosas las decía sin

sentirlas.

—¿De veras? Bueno, yo las tomé en serio.

¿Qué clase de policía eres tú? ¿Es así como conoces a las personas? Pero no creas que te va a resultar tan fácil... Si me entero quién es ella, te juro...

El la rodeó con sus brazos y la besó en la boca antes de que pudiese acabar su juramento. Cuando se apartó de la joven, dijo:

—Ahora, márchate a casa. Pasaré a verte dentro de un rato.

—Me has dicho que me ibas a acompañar.

—No puedo —la besó otra vez en la comisura de la boca—. He de ir a ver la pelirroja.

Dicho esto, Sullivan se alejó.

CAPÍTULO XIV

El doctor Fenn fue introducido en la biblioteca por el mayordomo Whipple.

Margaret se encontraba sentada en un sillón junto a la ventana.

—Gracias por haber venido, Jeff.

—Ya sabes que siempre estoy a tu disposición.

Veamos qué te ocurre.

El doctor alcanzó la muñeca de la joven y le tomó el pulso.

—Estás un poco alterada, pero es comprensible teniendo en cuenta lo que ha ocurrido.

—No puedo dormir, Louis.

—Bueno, eso tiene fácil solución. Te recetaré unas tabletas somníferas y descansarás perfectamente. Al propio tiempo, te suprimirán la jaqueca.

—Louis... ¿le mataste tú?

El doctor estaba inclinado sobre su valija y volvió la cabeza mirando a la joven.

¿Qué dices, Margaret?

¿Mataste tú a Mel y a Belinda?

Fenn se enderezó riendo.

—Te comprendo perfectamente. No has podido olvidar aquella proposición.

—No. No la he podido olvidar.

—Eres muy astuta, Margaret.

—¿Qué quieres decir?

—Imaginé que me llamabas con una excusa. Tu pulso es completamente normal y tampoco creo que sufras dolor de cabeza. Estoy considerado como un buen doctor.

—Me encuentro perfectamente.

—Celebro haber acertado. Por otra parte, debo decirte una cosa. Sé que lo hiciste tú.

—¿Yo?

—Sí, Margaret. Pero no creas que te voy a denunciar. Al fin y al cabo, Blaine ya vivió bastante y se divirtió todo lo que pudo. La existencia de esa mujer, Belinda, prueba la forma de pensar de tu esposo con respecto a sus deberes conyugales... No me quisiste dar cuenta de lo que ibas a hacer, y conozco la razón. Pensaste que yo no me conformaría con el millón que Mel me legaba en su testamento y a mi institución. Creíste que te pediría más.

—Estás equivocado.

—No es necesario que disimules conmigo. Ahora estamos solos y ya te he dicho antes que la policía no sabrá nada por mí. Hiciste justo lo que él merecía... La policía no podrá cargarte el doble asesinato a pesar de esas marcas tuyas en el picaporte. Tendrás tu dinero y yo el mío. De modo que sólo quiero felicitarte por tu sangre fría y habilidad.

—Soy yo quien te debe felicitar por tu cinismo, Louis. Les mataste tú y, por si la policía se fija en ti, pretendes que todas las sospechas recaigan sobre mi persona.

Louis se adelantó hacia ella y le tomó la barbilla. —Nena, ¿por qué no dejamos de una vez esta clase de diálogo...? Lo importante es que tú y yo marchemos juntos— la tomó por los brazos y la besó fuertemente en la boca.

Margaret no se resistió.

En aquel momento la puerta se abrió de golpe y una voz ronca, dijo:

—¿Molesto?

El doctor se separó de la joven.

En el umbral se encontraba Paul Norton, quien cerró la puerta con suavidad.

—Debí figurarme quién era tu amante, Margaret.

—¿Qué estás diciendo, Paul?

Norton avanzó sobre ellos, deteniéndose a tres pasos.

—Los asesinos se reúnen.

—Paul —dijo Margaret—, te ruego que salgas de esta casa.

—Claro, necesitas que me vaya para continuar tu romance con el doctor... Necesitáis estar solos. Vais a hacer un balance de la

situación, de lo que habéis conseguido con la muerte de Blaine y de su amiga, cambiar impresiones acerca de lo bien que os salió todo.

Fenn se abalanzó sobre Norton y le disparó el puño en el mentón.

Paul cayó al suelo.

El doctor fue a seguir golpeándole, pero Margaret se interpuso entre ellos.

—¿Es que os habéis vuelto locos?

Norton se levantó respirando jadeante. Un hilillo de sangre le caía por la comisura de la boca.

—Sois tal para cual, un par de indeseables.

Fenn sonrió irónicamente.

—Te conozco bien, Paul. Has deseado a Margaret durante mucho tiempo, pero nunca pudiste conseguirla... Eso te ha envenenado la sangre. Ahora nos has sorprendido aquí besándonos y quieres vengarte.

—Sólo quiero que se haga justicia con unos asesinos. —Estás ofuscado— habló Margaret. —Si Louis mató a mi esposo y a Belinda, yo no tengo nada que ver con ello. Lo hizo por su cuenta y riesgo.

El doctor entornó los ojos.

—Estoy pensando en si vosotros dos no estaréis de acuerdo para hacerme cargar con la responsabilidad del doble asesinato... Eso debe ser, ¿verdad? La policía no ha dado con ningún culpable y os interesa mucho que haya una cabeza de turco, y ¿quién mejor que el bueno de Louis Fenn?

—Sólo decís tonterías —repuso Margaret—. Tengo la impresión de que uno de vosotros lo hizo; pero no sé cuál. Ésa es la verdad. Ahora os voy a aclarar una cosa:

Cada uno de vosotros me importa un rábano. No tengo nada que ver con ninguno de los dos, ¿lo oís bien...? Por mí os podéis ir al infierno... Entérate de una vez, Paul, nunca me gustaste ni me gustarás. No eres mi tipo. Puedes hacer lo que quieras. En cuanto haya entrado en posesión de la fortuna de mi marido, te despediré de la compañía Blaine. De modo que tenlo en cuenta a partir de ahora. En cuanto a ti, doctor Fenn, es la última vez que pisas mi casa. Sí, entre nosotros hubo algo, pero eso queda a una distancia de un millón de años... Nunca he querido ser una más en el harén

de un hombre y ésa es tu forma de pensar con respecto a las mujeres. Eres ruin y despreciable. No sé lo que pensaréis de mí, pero tampoco me importa. ¡Fuera los dos! ¡Fuera de una vez y para siempre! ¡No os quiero volver a ver en mi vida!

El doctor tomó su valija y salió rápidamente de la estancia. Pero Norton quedó en el mismo lugar mirando con expresión estúpida a la joven.

—¿Es que no me has oído?

—Sí, Margaret, te he oído, pero yo no puedo marcharme.

—¿Por qué no? ¿Te has quedado inválido?

—Te quiero, Margaret.

—Qué gran secreto... Me quieres... ¿Crees que no lo sé? Pero yo no te quiero a ti, Paul.

—Has de casarte conmigo.

—¿Contigo? —Margaret soltó una carcajada—. Tiene gracia, muchísima gracia.

—No te rías de mí, Margaret. No te rías.

—Muy bien, si quieres que no me ría quítate de mi vista. Sólo eres un payaso.

—Conque ésa es la opinión que tienes de mí. Soy un payaso, ¿eh...? Debería estrangularte. Me he convertido en un criminal para llegar a ti..., para hacer posible nuestro matrimonio...

Da joven se le quedó mirando con asombro.

—¿Quieres decir que tú...?

—Sí, Margaret, yo iba a matar a tu esposo, pero lo organicé de forma que fuese otra la mano ejecutora...

—Debiste perder la cabeza. Jamás te alenté. —Imaginé que serías lo suficientemente inteligente para saber que era yo el hombre que te convenía... Soy listo, Margaret, mucho más que tu esposo.

—No quiero un marido listo, ¿lo oyes, Paul? Me dan asco los hombres listos... Prefiero los tontos. Se manejan mucho mejor.

Paul Norton se acercó a ella.

—Margaret, no digas eso... No lo digas, maldita sea.

—Si mataste a mi esposo, más te convendría una cosa: Ahorcarte.

—No fui yo.

—Da lo mismo si lo hizo otro porque tú le empujaste.

Norton la enlazó por la cintura.

De pronto ella le soltó una bofetada.

Norton retrocedió.

—¿Qué has hecho?

—No me vuelvas a tocar.

Norton permaneció inmóvil, pero allá en lo más profundo de su ser se estaba desmoronando. No le había servido de nada su magnífico plan para desembarazarse de Mel Blaine y tampoco le había servido su astucia. Aquella mujer le rechazaba.

—Te mataré, Margaret... Juro que te mataré.

Margaret se inclinó sobre el sillón donde había estado sentada y cuando alzó la mano tenía en ella una pistola.

—Debiste seguir el ejemplo del doctor, Paul. Os lo dije bien claro a los dos. No os quiero ver en mi vida. En cuanto se arregle todo, me marcharé a Europa y no volveré por aquí. Lo venderé todo. ¿Lo oyes, Norton? Ésa es mi decisión. De modo que ya puedes echar a andar y largarte de aquí.

Norton sentía que en su interior había sobrevenido una explosión. Estaba cansado, al borde del agotamiento, y habían bastado unos minutos para que todo eso ocurriese. Durante unos instantes pensó en abalanzarse sobre la joven para que ella le metiese una bala en el cuerpo. Deseaba terminar de una vez al darse cuenta de que todos sus esfuerzos sólo habían servido para alejarle más de la mujer que amaba.

Dio media vuelta y echó a andar hacia la puerta.

Pareció haber envejecido veinte años.

Margaret le vio salir y esbozó una sonrisa.

—Estúpido.

De repente oyó una voz procedente de la ventana:

—Bravo, señora Blaine.

Francis Ward acababa de descolgarse por el hueco.

¿Qué hace usted aquí?

—Vine a darle las gracias. Los polis me detuvieron, pero usted anduvo lista para depositar la fianza que exigían por mí.

¿Yo? ¿De qué está hablando, Francis? Yo no he depositado un solo centavo por su libertad.

—Sabía que estaba detenido.

—Sí, el teniente Sullivan ordenó su detención desde esta misma

casa.

—¿Y usted no depositó el dinero?

—Ya le he dicho que no.

Francis se echó a reír.

—Claro, buscaría un Smith cualquiera. Usted no podía hacerlo personalmente porque habría resultado sospechoso. ¿Verdad que es eso, señora Blaine? Utilizó un hombre de paja para que entregase el dinero. Ahora no lo puede admitir porque no quiere comprometerse.

—Señor Ward, no quiero discutir con usted.

—Tampoco yo he venido a discutir, señora Blaine. Quiero lo que me pertenece y le aseguro que no le consentiré otra sucia faena como la que hizo echándome los policías encima.

—Ciega muy tarde, señor Ward. Ya no le tengo miedo. ¿Por qué cree que le detuvieron? El teniente Sullivan recibió un mensaje acerca de mi relación con el caso de Ray Craven, en Nueva York. Por eso no tuve más remedio que contarles la clase de chantaje de que usted me quería hacer víctima. Se le estropeó el negocio. Francis miró la bandeja donde estaba el frasco de *whisky*.

—¿Me permite? —dijo y se sirvió una ración.

—¿No cree que está perdiendo un tiempo precioso, Ward? El aire de California no le sienta bien. Deberla marcharse con ese socio suyo de Chicago que le espera para montar un negocio.

Francis bebió un sorbo de *whisky* y lo paladeó. —Siempre me pregunté qué cosas podría comer y beber un hombre con un par de millones de dólares...— En Chicago encontrará hombres con dos millones de dólares que podrán informarle.

—Prefiero pasar por la experiencia.

La joven rió.

—Es usted genial, señor Ward. Pero me temo que subió demasiado. Primero empezó con diez mil dólares, luego con cincuenta mil y ahora da el gran salto: Dos millones.

—Es lo menos que puede pagar al hombre que ha hecho posible que usted vaya a heredar medio centenar de millones.

La joven enarcó las cejas.

—¿Qué está diciendo?

Francis se echó a reír mientras dejaba la copa sobre la bandeja. Entonces tomó el teléfono que había sobre la mesa y tranquilamente

sacó un pañuelo que puso sobre el micro. No disco ningún número en el dial, pero se puso a hablar como si realmente hubiese establecido conversación con alguien.

«Señora Blaine, estoy en el deber de anunciarle que su marido la engaña... No se sorprenda, su rival es una linda muñeca rubia... Señora Blaine, para que usted también se convenza le proporcionaré los datos necesarios... El nombre de ella es Belinda Young y vive en la calle del Rey número 72, apartamento 24 tercera planta».

—¡Usted! —exclamó Margaret.

—Sí, nena. Yo fui quien puso en marcha el asunto... Necesitaba que usted fuese a la casa para que dejase las huellas. Naturalmente, eso no sería bastante para que la inculpasen; pero la pondría en condiciones para que yo le pudiese meter el miedo en el cuerpo, puesto que la policía sospecharía de usted. De mí no conocían ni mi existencia. Sólo tuve que esperar que usted llegase y, cuando se marchó, me llegó el turno. Utilicé una llave maestra y realicé el trabajo. Le aseguro que me salió muy aseado... Yo sabía perfectamente que Belinda Young era zurda. La había vigilado durante algunos días. La vi comprar algunas cosas y siempre las tomaba con la mano izquierda. Naturalmente, es falso que llevase tres días en Los Ángeles. Hacía ya dos semanas que estaba aquí preparándolo todo. Durante doce días me hospedé en otro hotel con un nombre supuesto. Luego me inscribí con el mío verdadero en el Argos y fingí que estaba enfermo. Cuando llegó la hora de entrar en acción, salí por una puerta trasera sin que nadie me viese... Hice el trabajo a la perfección. Puse la pistola en la mano derecha de Belinda para que la policía no admitiese la idea de que ella había matado a Blaine y luego se había suicidado. Necesitaba que usted madurase y los polis se iban a encargar de ese trabajo. Le habría sacado el dinero poco a poco, pero ahora las cosas se han precipitado y necesito la pasta de una sola vez.

Una voz llegó desde la ventana que Francis había utilizado para entrar:

—Sí, Ward. Tienes razón. Vas a recibir el premio de una sola vez.

La joven y Ward miraron hacia aquella parte y vieron al teniente Sullivan saltar por el hueco.

Ward se precipitó sobre la joven.

—¡Deme esa pistola!

Pero Ertie sacó la suya.

—Quieto, Francis, o te baleo.

Ward se detuvo rezongando:

—¡Todo lo que ha oído es mentira! Una pura invención mía... Quiero decir que ella me contrató para hacer el trabajo... Se lo juro, teniente. Fue la señora Blaine quien me contrató.

—No seas estúpido, Ward. Escuché tu hermoso discurso.

Ward respiraba jadeante.

—Maldita sea... Era una trampa... ¿verdad, teniente?

Me dejó en libertad porque sabía que yo vendría aquí.

—Sí, Ward. Nadie dio dinero para que te dejase en libertad.

Se abrió la puerta y entró en la estancia Carson seguido de Matthew.

Carson sacó unas esposas y las colocó en las muñecas de Ward.

—Bueno, gran hombre, ahora sí que vas a repetir tu historia en la comisaría quieras o no. Puedo jurarlo. Francis Ward miró a Margaret y de pronto se echó a reír.

—Tiene gracia, ¿verdad, señora Blaine? Yo le he proporcionado la oportunidad de heredar a su marido y a mí me van a servir una ración de gas... —Se echó a reír estremecidamente.

El teniente hizo una señal con la cabeza y Carson y Matthew tomaron al detenido por los brazos y lo hicieron salir de la estancia.

La joven dio un suspiro.

—Al fin terminó todo.

—Detuvimos a Paul Norton a la salida de la casa... Mató a Joseph Hubert creyendo que él era el que había asesinado a su esposo y a Belinda.

—Le felicito, teniente. Todo lo ha hecho muy bien. Supongo que no me pedirá el millón de dólares. Recuerde que estaba dispuesta a entregárselo si el doctor era culpable.

La cara del teniente parecía esculpida en piedra.

—No le habría aceptado un centavo aunque hubiese sido el doctor. Además, señora Blaine, usted no habría tenido con qué pagarme.

Ella le sonrió.

—Voy a tener cincuenta y tres millones.

—No, no los va a tener. Sólo tendrá cincuenta mil dólares. Hablé

con el abogado de su marido esta mañana. Hace un mes, Mel Blaine le entregó un nuevo testamento. En virtud de él, Mel solo le deja cincuenta mil dólares y el resto de su fortuna lo lega a una Fundación.

—¡Está mintiendo!

—No, señora Blaine.

—¡Es falso! ¡Completamente falso! No puede haberme dejado cincuenta mil dólares... Con eso no tendría bastante ni para vivir un año.

—Pruebe a trabajar.

La joven se precipitó sobre la mesa y marcó nerviosamente un número en el dial. Tuvo que esperar casi medio minuto.

—Señor Gipps... Soy la señora Blaine... Un teniente de la policía me ha dicho que mi esposo hizo otro testamento hace un mes... ¿Cómo...? No es posible... ¿Qué fue usted el testigo...? ¿Cuánto me deja a mí? ¡Dígalo pronto! ¿Cuánto? —El rostro de la joven se tornó pálido—. ¿Cincuenta mil dólares...? ¡No, no puede ser, me están engañando...! ¡Quiere quitarme lo que me pertenece! ¡Es un complot de Sarah...! ¡No conseguirán nada...! ¡Quiero todos los millones...!

¡Todos!

El teniente Sullivan dijo desde la puerta:

—Buenas noches, señora Blaine —y salió cerrando tras sí.

FIN



Keith Luger era uno de los seudónimos de Miguel Oliveros Tovar, nació en La Coruña el 17 de marzo de 1924. Su padre, Juan Oliveros Bueno, capitán del cuerpo de sanidad militar, y su madre, Presentación Tovar Rivas, eran de la provincia de Granada, de Ojiva él y de Salobreña ella. En la fecha indicada, el padre estaba destinado en la ciudad gallega donde permanecieron hasta que el niño cumplió los tres años. El siguiente destino paterno fue Melilla y, cuando Miguel era ya un adolescente, llegaron a Valencia.

Estudió el bachillerato en el instituto «Luis Vives». Terminado con brillantez, pasó a la Universidad, donde fue un aventajadísimo estudiante de Derecho. Los cinco cursos de la carrera los hizo en tres años. Jura como abogado el 10 de febrero de 1949. Ejerció como tal algunos años. En las tarjetas que distribuía a sus clientes, además de su nombre, podía leerse: «abogado criminalista».

Durante esta época encontró tiempo para preparar oposiciones al ayuntamiento valenciano. Las aprobó y llegó a jefe de negociado.

Miguel Oliveros publicó, entre agosto de 1953 y julio de 1972, las últimas fueron póstumas, novecientas quince novelas (915) de los géneros: oeste, policial, ciencia-ficción y rosa.

Otro seudónimo fue el de «Miguel Romano» (para novelas rosas) o

el de «Bronco Mike» (para la editorial argentina Trébol).